

ó no; sino en procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad á la de Dios en todo. *M. III, 2.*

No está el ser fraile en el hábito, digo, en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile. *V. 38.*

Guardemos nuestra profesión..... aunque de guardar á guardar va mucho. *C. 5.*

No venimos á la religión á buscar premio en esta vida. *C. 47.*

Parece nos quiso el Señor apartar de todo..... para llegarnos más sin embarazo á sí. *C. 8.*

Usase tan poco el *camino* de la verdadera religión, que el fraile y la monja que ha de comenzar á seguir de veras su llamamiento, más ha de temer á los mismos de su casa que á todos los demonios, y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. *V. 7.*

No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal..... y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza cuando dejamos de ir al coro que tampoco nos mata: un día porque nos dolió y otro porque nos ha dolido y otros tres porque no nos duela, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer lo uno ni lo otro; y á las veces es poco el mal y nos parece que no estamos obligados á hacer nada que con pedir licencia cumplimos. *C. 15.*

Aunque *algunas* religiones se *estén* relajadas ó *mitigadas*, no pensemos que en ellas se sirve poco á Dios. ¿Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos? *V. 32.*

Parecernos ha que las que tenemos hábito de religión, y le tenemos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos por él (aunque sean las redes de San Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene) que ya está todo hecho. *M. III, 1.*

Sería cosa terrible de sufrirse pocas y mal avenidas; ¡no lo permita Dios! *C. 11.*

Más querría que entrase en este monasterio un fuego que nos abrase á todas, que no un punto de discordia. *C. 11.*

Blandura y rigor ha de haber, que así nos lleva Nuestro Señor. *E. 119.*

Es esta casa ó *monasterio* un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar á Dios nuestro Señor, y no hace caso de contento suyo; en queriendo algo más lo perderá todo. *C. 13.*

¿Qué sería, hijas, si á las que ya están libres *de los negocios temporales*, como nosotras, v hemos entrado muy más adentro á otras moradas secretas del castillo, si por nuestra culpa tornásemos á salir á estas barahundas?..... *M. I, 2.*

Pues las monjas haremos lo más y damos á Dios lo principal que es la voluntad, poniéndola en otro poder, ¿por qué nos detenemos en lo que no es nada? *C. 17.*

Aunque á quien se guarda de ofender al Señor y ha entrado en Religión, le parezca que todo lo tiene hecho, ¡oh, que quedan unos gusanos que no se dan á entender hasta que nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar á los prójimos (aunque sea en pocas cosas), una falta de caridad con ellos no los queriendo como á nosotros mismos! *M. V, 3.*

Hay algunas monjas que no hacen sino prometer, y como no cumplen nada, dicen que cuando hicieron profesión que no entendieron lo que prometían. Así lo creo yo, porque es fácil de hablar y dificultoso de obrar, y si pensaron que no era más lo uno de lo otro, cierto no lo entendieron. Hacedlo entender á las que acá hicieron profesión, por larga prueba; no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras también. *C. 54.*

Esto es lo que temen mis monjas, que han de venir algunos perlados pesados que las abrumen v carguen mucho. Es no hacer nada. Extraña cosa es que no piensan en visitar si no hacen atas. Si no han de tener recreación los días que

se comulga, y dicen cada día misa, luego no tendrán recreación nunca? Y si los sacerdotes no guardan eso, ¿para qué lo han de guardar los otros pobres?... Créame que no sufre nuestra regla personas pesadas, que ella lo es harto (*). E. 107.

Dijo acá Antonia tantas cosas que vuestra paternidad había mandado, que nos escandalizó á todas, y así se lo envié á preguntar. Crea, mi padre, que estas casas van bien, y no han menester más cargos de cerimonias, que cualquiera se les hace pesado; y no se le olvide á vuestra paternidad esto por caridad, sino siempre apretar en que se guarden las constituciones y no más; que harto harán si bien se guardan. En cosa que toque á estas monjas, puédeme vuestra paternidad dar crédito que veo en lo que acá pasa lo de allá; y por poco que sea lo que se manda, se hace muy pesado, y á mí sería la primera, salir si no fuese vuestra paternidad que lo manda en nombre de Dios. E. 195.

Muy buena venía la *carta* del Padre Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre á todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca ni lo consienta. Harto más quiero que

(*) Hermosas palabras! Los temores de que habla Santa Teresa se realizaron por desgracia. Sobre lo cual existe un papel de la venerable Maria de San José (*Escritos de la Santa*, t. I, pág. 261), curioso en extremo, y en el cual la compañera de Santa Teresa atribuye la alteración y reforma de las constituciones á haber quedado éstas *en las manos de quien la tenían para mudar cada día: calidad propia de frailes*, añade, *no vivir sino cuando inventan cosas nuevas*. La generación de aquellos buenos frailes parece no se ha extinguido, sólo que hoy generalmente ya no llevan este nombre, respetable por tantos títulos, sino que son personas del todo ajenas á la disciplina regular, que toman sobre sí el grave empeño de dirigir, reformar y hasta fundar institutos religiosos, pudiera decirse que á título de aficionados, y á quienes en muchos casos puede aplicarse aquello del Evangelio: que «imponen á los demás cargas que ellos no se atreven á levantar con el dedo».

presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas (*). *E.* 112.

¡Oh, mi padre, qué trabajo es ver tantas mudanzas en las de esa casa! ¡Y qué de cosas les parecían insufribles de la que ahora adoran! Tienen la perfección de la obediencia con mucho amor propio y así las castiga Dios en lo que ellas tienen la falta. Plega á Su Majestad nos perfeccione en todo, amén; que muy en el principio andan estas hermanas. *E.* 150.

Advierta vuestra paternidad que por mi voluntad las casas que están ya fundadas de pobreza, no las querría ver con renta; porque yo entiendo y lo veo y será siempre, si las monjas no faltan á Dios serán las mejores libradas, y si le faltan acábense, que hartos monasterios relajados hay. *E.* 262.

(En lo de la colación del día de ayuno) basta que se cumpla con la obligación de la Iglesia, sin que se ponga otra encima; que andan con escrúpulo y les hace daño, porque no creen tienen necesidad alguna que la tienen. *E.* 321.

No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por

(*) Viene muy á propósito de esto un caso que cuenta el P. Yepes sobre Santa Teresa. (Véase *Escritos*, t. I, página 566.) «Una doncella de Toledo, dice, que yo conocí, muy amiga de andar estaciones y de oír sermones y escribirlos como los oía, quiso ser monja en su monasterio de Toledo, y contentándose la Santa Madre de su salud, buena inclinación y entendimiento (que cierto le tenía bueno, aunque despuntaba), determinó de recibirla; y concertado el dote y la entrada y todas las cosas necesarias, la tarde antes del día que había de tomar el hábito estuvo en la red con ella, y despidiéndose para irse y puestas en pie, dijo la doncella: Madre, también traeré una Biblia que tengo. Ella, sin más pensar, le dijo: Biblia! hija, no vengáis acá, que somos mujeres ignorantes y no tratamos más de hacer lo que nos mandan, que ni queremos á vos ni á vuestra Biblia». A pesar de esto véase lo que dice la Santa en la penúltima sentencia del cap. LX.

otro que el que él fué y han ido todos sus Santos. No nos pase por el pensamiento. *M. VII, 4.*

Basta ser novedad para no comenzarse. *M. de V.*

En el mundo siempre hay novedades. *M. de V.*

Si podéis servir tanto al Señor con cosas siguras, ¿quién os mete en esos peligros? *C. 28.*

Es lo mejor no abrir la puerta para cosa ninguna, si no es conforme á como ahora van las cosas, pues se ve que van bien y se tiene por experiencia; más vale lo cierto que lo dudoso. *M. de V.*

Harto más valdría no fundar que llevar melancólicas que estraguen la casa. *E. 262.*

¿No sabéis que la vida del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? *C. 17.*

En este gran recogimiento entendí de Nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijera á estos padres descalzos de su parte que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen siempre iría en más crecimiento esta religión; y cuando faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio: la primera, que las cabezas estuviesen conformes; la segunda, que aunque tuviesen muchas casas en cada una hubiese pocos frailes; la tercera, que tratasen poco con seglares y esto para bien de sus almas; la cuarta, que enseñasen más con obras que con palabras. Esto fué el año de 1579. *R. 10.*

CAPÍTULO LXIV

De la pobreza religiosa

La santa pobreza es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí..... es un señorío grande: es *señorear* todos los bienes de él, á quien no se le da nada dellos. *C. 2.*

Por maravilla á nunca hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque sea en sí honrado le tienen en poco; la verdadera pobreza trae una honraza consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por solo Dios digo): no

ha menester con tentar á nadie sino á El: y es cosa muy cierta, en no habiendo menester á nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo visto por experiencia. *C. 2.*

El verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas *de acá*, que ya que por algunas causas las procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho: tiene lo *de acá* por cosa accesoria y no principal: como tiene pensamientos más altos, á fuerza de brazos se ocupa en estotro. *C. 67.*

Sería engañar al mundo hacernos pobres, y no lo ser de espíritu sino en lo exterior. *C. 2.*

La verdadera pobreza de espíritu es no buscar consuelo ni gusto en la oración, sino consolación en los trabajos, por el amor del que siempre vivió en ellos. y estar en ellos y en las sequedades quieto, aunque algo se sienta. *V. 22.*

Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras queramos guardar *la santa pobreza* en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento, y mientras esto hiciesen no hayan miedo caya la religión desta casa en el favor de Dios, que como decía Santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. *C. 2.*

Lo que es menester es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto *como los que quieren ser ricos*; siempre mirad con lo más pobre que pudiéredes pasar, así de vestidos como de manjares, porque si no, hallaréisos engañados que no os lo dará Dios y estaréis discontentos. *C. de A. 2.*

Un religioso ó religiosa que es pobre, ó al menos lo ha de ser, no posee nada..... Y si hay quien se lo dé por maravilla le parece sobra..... *con todo* siempre le gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no lo pide de ruin: alguna cosilla que pueda empeñar ó vender, aunque sean libros, porque si viene una enfermedad ha menester más regalo del ordinario. ¡Pecadora de mí! ¿Es esto lo que prometistes? *C. 68.*

Con muros de pobreza y humildad quería Santa Clara cercar sus monasterios. *C. 2.*

Crean, mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito á entender los bienes que hay en la santa pobreza, y vosotras si advertís en ello lo entenderéis, no tanto como yo, porque había sido loca de espíritu, y no pobre, aunque había hecho la profesión de serlo. *C. 2.*

Mirando á Cristo tan pobre en la cruz y desnudo, no podía poner á paciencia en ser rica. Suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como El. Me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro. *V. 35.*

Cuando menos hay más descuidada estoy, y sabe el Señor que á todo mi parecer que me da más pena cuando nos dan mucho, que cuando no hay nada. *C. 2.*

No penséis, hermanas mías, que *por no andar á contentar á los del mundo* os ha de faltar de comer, yo os aseguro. *C. 2.*

Si andáis proveyendoos para lo porvenir, *mejor sería* que sin distraeros tuviérais renta cierta, que se puede hacer sin pecado. *C. 68.*

En la renta está la confusión. *V. 35.*

Pues dejáis renta, dejad el cuidado de la comida; si no, todo va perdido. *C. 2.*

Dejad el cuidado de mover *las voluntades ajenas* al Señor de las rentas y de los renteros, *para que éstos nos den limosna.* *C. 2.*

Muchos *son los* cuidados que trae consigo tener propio. *V. 35.*

Adonde hay estos cuidados demasiados de que den, una vez ú otra serán por la costumbre, ó podrían ir y pedir lo que no han menester, por ventura á quien tiene más necesidad, y aunque El no puede perder sino ganar, nosotras perderíamos. No plega á Dios, mis hijas, cuando esto hubiera de ser, más quisiera tuviéramos renta. *C. 2.*

A quien *sirve al Señor* no le falta lo necesario para vivir. *V. 35.*

Si hay fe y sirven á Dios, no les ha de faltar, como no gasten demasiado. *M. de V.*

Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, *ganando voluntades ajenas*, que mo-

riréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo, El os ha de sustentar. *C. 2.*

Contento *Nuestro Señor*, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia. *C. 2.*

Si por haber abrazado la santa pobreza muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de San Joseph. *C. 2.*

Los pobres voluntarios están muy obligados á rogar muy continuamente por las almas de quien les dan de comer. Que también quiere el Señor, aunque El nos lo da, que le roguemos por los que nos lo dan por El. *C. 2.*

Los que dan limosna no pueden perder nada, sino ganar, pero perdería quien la recibiera sin necesidad. *C. 2.*

Conciencia se me haría, paréceme era hurtar lo que nos daban, á manera de decir, porque era pedir limosna los ricos. *C. 2.*

Parécenos que lo damos todo, y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión; determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo..... *V. 11.*

Si una persona rica, sin hijos ni para quien querer la hacienda, *por haber perdido una pequeña parte de ella*, anduviese con tanto desasosiego é inquietud, como si no le quedase un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle *Nuestro Señor* que lo deje todo por El? *Y no diga* que lo siente porque lo quiere para los pobres, *porque* Dios quiere más que nos conformemos con lo que Su Majestad hace, y procure tenga quieta mi alma, que no esta caridad. *M. III, 2.*

Dios jamás falta á quien le sirve. *V. 35.*

Hay almas que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como á mayordomos suyos, y que le

han de dar estrecha cuenta del tiempo que le tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido á los pobres si ellos están padeciendo. ... ¡Y cuán estrecha! Si lo entendiese, no comería con tanto contento, ni se daría á gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad. Suplicad al Señor les dé luz á estos tales, no se estén en este embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento. *C. de A. 2.*

Si por el mucho encerramiento tuvieren campo y ermitas para apartarse á orar, y porque esta miserable naturaleza nuestra ha menester algo, norabuena; mas edificios ni casa grande ni curiosa, nada; Dios nos libre. Siempre se acuerden ha de caer todo el día del juicio..... Pues hacerse mucho ruido al caerse el de doce pobrecillas no es bien; los pobres nunca hacen ruido: gente sin ruido ha de ser para que los hayan lástima. *C. 2.*

Muy mal parece de la hacienda de los pobrecitos, que á muchos falta, se hagan grandes casas. *C. 2.*

Considerando que *la que habitamos* no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea, se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme el amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. *F. 14.*

¡Oh váleme Dios! ¡Qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas..... Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior cuando parece que no tienen los cuerpos como estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos trae? Pues solo una celda es lo que gozamos continuo; que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes..... *F. 14.*

A buen seguro, si la pobreza se guarda de verdad, que esté la honestidad y todo lo demás for-

talecido, *mucho mejor* que con muy suntuosos edificios. *C. 2.*

Parezcámonos en algo á nuestro Rey, que no tenía casa, sino fué su nacimiento en el portal de Belén. *C. 2.*

De no ser algunos monasterios recogidos les viene el ser pobres, y no es la pobreza causa de la distracción, porque ésta no hace más ricas *las religiosas*. *V. 35.*

No por ser tal *nuestra Orden del Carmen* y tener tal Madre estáis seguras *de no caer en pecados graves*, que muy santo era David y ya véis lo que fué Salomón. *M. III, 1.*

CAPÍTULO LXV

De la virtud de la obediencia

No es obedecer, si no estáis determinadas á padecer. *V. 26.*

Para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos, la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer la ley de Dios. *M. V, 3.*

Quiere el Señor que cumplamos la voluntad de los superiores, como la suya misma. *M. VII, 4.*

Quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfección este voto, no sé para qué está en el monasterio. *C. 28.*

Si no hay obediencia, es no ser monja. *C. 28.*

Esta unión (de nuestra voluntad con la de Dios por medio de la obediencia á los superiores) es la que yo deseo, y querría en todas que no unos embebecimientos muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de unión; y será así, siendo después de esta que tengo dicha; mas si después de esa suspensión queda poca obediencia y propia voluntad, unida con su amor propio me parece á mí que estará, que no con la voluntad de Dios. *F. 5.*

Por experiencia he visto..... el gran bien que espera un alma no salirse de la obediencia. En esto entiendo estar el irse adelantando en la virtud y el ir cobrando la de la humildad; en esto está la

siguridad de la sospecha que los mortales es bien que tengamos, mientras se vive en esta vida, de no errar el camino del cielo. Aquí se halla la quietud, que tan preciada es en las almas que desean contentar á Dios. Porque si de veras se han resinado en esta santa obediencia y rendido el entendimiento á ella, no queriendo tener otro parecer del de su confesor, y si son religiosos el de su Prelado, el demonio cesa de acometer con sus continas inquietudes, como tiene visto que antes sale con pérdida que con ganancia; y también nuestros bulliciosos movimientos, amigos de hacer su voluntad y aun de sujetar la razón en cosas de nuestro contento, cesan, acordándose que determinadamente pusieron su voluntad en la de Dios, tomando por medio sujetarse á quien en su lugar toman. *F. Pról.*

Lo que haría mucho provecho á los que están en este estado, es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa tener á quien acudir, para no hacer en nada su voluntad *propia*, que es lo ordinario en que nos dañamos. *M. III, 2.*

Mientras más nos sujetáremos á los hombres, no teniendo otra voluntad sino la de nuestros mayores, más estaremos señores de ella para conformarla con la de Dios. *F. 5.*

En penitencias desconcertadas..... si diciéndoos vuestro confesor ó Prelado que no lo hagáis, os da pena y tornáis á ello, es clara tentación. Procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección. *C. 68.*

Aunque parezca áspero lo que manda la Prelada, no se dé á entender á nadie, sino fuere á la misma Prelada, y con humildad. *C. 11.*

Acuérdome que me dijo un religioso, que había determinado y puesto muy por sí que ninguna cosa le mandase el Prelado que dijese de no, por trabajo que le diese; y un día estaba hecho pedazos de trabajar y ya tarde, que no se podía tener, y iba á descansar sentándose un poco; y topóle el Prelado y díjole que tomase el azadón y fuese á cavar la huerta. El calló, aunque bien afligido el natural, que no se podía va-

ler; tomó su azadón, y yendo á entrar por un tránsito que había en la huerta, que yo ví muchos años después que él me lo había contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa, se le apareció Nuestro Señor con la cruz áuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender que no era nada el que él tenía en aquella comparación. *F. 5.*

¡Oh, espíritu verdadero de obediencia, cómo en viendo una en lugar de Dios, no le queda repugnancia para amarla! Por El pido á vuestra Reverencia que mire que cría almas para esposas del Crucificado; que las crucifique en que no tengan voluntad ni auden en niñerías. Mire que es principiar un nuevo reino, y que vuestra Reverencia y los demás están más obligados á ir como varones esforzados, y no como mujercillas. *E. 388.*

La causa que la obediencia, á mi parecer, hace más presto ó es el mayor medio que hay para llegar á tan dichoso estado, es que, como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos á la razón, es la obediencia el verdadero camino para sujetarla, porque no se hace con buenas razones, que nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegaríamos allá; y muchas veces lo que es mayor razón, si lo hemos gana, nos hace parecer disparate, con la poca gana que tenemos para hacerlo..... ¿Pues qué remedio? Que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez, y lo ponen en sus manos las partes, cansados de pleitear, tome nuestra alma uno que sea el Perlado ó confesor, con determinación de no traer más pleito ni pensar más en su causa, sino fiar de las palabras del Señor, que dice: *Quien á vosotros oye, á mí oye*; y descuidar de su voluntad. Tiene el Señor en tanto este rendimiento (y con razón, porque es hacerle señor del libre albedrío que nos ha dado), que ejercitándonos en esto, una vez deshaciéndonos, otra vez con mil batallas, pareciendo desatino lo que se juzga en nuestra causa, venimos á conformarnos con lo que nos

mandan con este ejercicio penoso; mas con pena ó sin ella, en fin, lo hacemos, y el Señor ayuda tanto de su parte, que por la misma causa que sujetamos nuestra voluntad y razón por El, nos hace señores de ella. Entonces, siendo señores de nosotros mismos, nos podemos con perfección emplear en Dios, dándole la voluntad limpia para que la junte con la suya, pidiéndole que venga fuego del cielo de amor suyo que abrase este sacrificio, quitándole todo lo que le puede descontentar, pues no ha quedado por nosotros, que aunque con hartos trabajos, le hemos puesto sobre el altar, que en cuanto ha sido en nosotros no toca en la tierra. *F. 5.*

Esto tengo por muy cierto; y aunque no sea persona que tiene á esto obligación, si quiere ó pretende llegar á contemplación, ha menester, para ir muy acertada, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor, que sea tal que le entienda. *C. 28.*

Yo aseguro que mientras uno faltare á la *obediencia*, nunca llegará á ser contemplativo, ni aun buen activo, y esto tengo por muy cierto. *C. 28.*

Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior. *F. 5.*

Yendo con limpia conciencia y con obediencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano que nos engañe de manera que pueda dañar á el alma, antes viera él á quedar engañado. *F. 4.*

En obedecer y no ofender al Señor, está todo el remedio para no ser engañado. *M. VI, 6.*

CAPÍTULO LXVI

De los Prelados

Quien hubiere de tener prelacías, ha de estar muy fuera de desearlas; ó al menos de procurarlas. *V. 40.*

No ha de gobernar almas que tratan de per-

fección la que tuviere tan poca que quiera ser Prelada. *M. de V.*

Temo mucho por la salvación de los Prelados, por parecerme de mucho peligro tener cargo de almas. *V. 38.*

Dará terrible cuenta á Dios el Prelado que no remediare las faltas con tiempo. *M. de V.*

Teniendo santo Prelado lo serán las súbditas; y como cosa tan importante ponedla y pedidla siempre delante del Señor. *C. 5.*

Lo principal para que la dan el oficio de Priora, es para que haga guardar la regla y constituciones, y no para que quite y ponga de su cabeza. *M. de V.*

La priora que hiciere cosa ninguna de que le pese que le vea el Prelado, tengo por imposible hacer bien su oficio, porque señal es que no va muy recto en el servicio de Dios lo que yo quiero que no sepa el que está en su lugar. *M. de V.*

Las perladas han de mirar que no las ponen allí para que escojan el camino á su gusto, sino para que lleven á sus súbditas por el camino de su regla y constitución. *F. 18.*

Cierto que trato con Dios toda verdad, y entiendo que todo lo que se hace para hacer muy bien un oficio de superior es tan agradable á Dios, que en breve tiempo da lo que diera en muchos ratos cuando se han empleado en esto; y téngolo también por experiencia. *E. 218.*

Tengo para mí, que cuando la perlada sin afición, ni pasión, mira lo que está bien á la casa, nunca la dejará Dios errar. *C. 14.*

A el Perlado le conviene grandisimamente haberse de tal manera con sus súbditas, que aunque por una parte sea afable, y las muestre amor, por otra dé á entender que en las cosas substanciales ha de ser riguroso, y por ninguna manera blandear. *M. de V.*

Es mucho menester que las súbditas entiendan hay cabeza, y no piadosa, para cosa que sea menoscabo de la religión, y que el juez sea tan recto en la justicia, que las tenga persuadidas no ha de torcer en lo que fuere más servicio de Dios y más perfección, aunque se hunda el mun-

do, y que hasta tanto les ha de ser afable y amoroso hasta que no entiendan faltan en esto. *M. de V.*

No creo hay cosa en el mundo que tanto dañe á un Prelado como no ser temido, y que piensen sus súbditos que pueden tratar con él como igual, en especial para mujeres, que si una vez entienden que hay en el Prelado tanta blandura que ha de pasar por sus faltas, y mudarse por no desconsolar, será bien dificultoso el gobernarlas. *M. de V.*

Cuando *el Prelado* en alguna de estas dos cosas, *el rigor y la blandura*, faltase, sin comparación es mejor que falte en la postrera que en la primera. *M. de V.*

Vuestra Reverencia no piense que está el negocio del gobierno en conocer siempre sus faltas, que es menester que se olvide de sí muchas veces, y se acuerde está en lugar de Dios, que El dará lo que le falta, que así lo hace á todos, que no debe haber ninguno cabal; y no se haga mogigato. *E. 373.*

Esté advertida que no ha de llevar á todas (las monjas) por un raserero; y esa hermana á quien dió nuestro padre el hábito llevarla como á enferma, y no se la dé nada que vaya con mucha perfección; basta que haga buenamente, como dicen, lo que pudiere, y que no ofenda á Dios. En cada cabo se pasa harto, en especial cuando se comienza.... Llévela, mi hija, como pudiere. Si el alma tiene buena, considere que es morada de Dios. *E. 156.*

Siempre tenga aviso de no apretar á las novicias con muchos oficios hasta que las entienda hasta donde llega su espíritu.... Y es menester piedad en las palabras, y vuestra Reverencia piensa que todas han de tener su espíritu, y engañase mucho; y crea que aunque me hace ventajas en la virtud, que se las hago en la experiencia. Por eso algunas cosas que la advertí, querría no las echase en olvido. Dios me la guarde, que pues van dichas como á mi alma, querría entendiese no son sin causa. *E. 399.*

No todas veces nos llevan con rigor los Prela-

dos, de que nos ven flacos, y á las veces flacos y fuertes llevan de una suerte. *C.* 54.

¡Oh, Dios mio! Dadles á entender á los que mandan á lo que están obligados; pues los quisistes vos señalar en la tierra.... Que hasta en esto entiendan os han de imitar en la vida. *V.* 21.

CAPITULO LXVII

De la dirección espiritual

Para todo hay gran necesidad de maestro y trato con personas espirituales. *V.* 19.

Han de mirar *las almas que buscan á Dios en la oración* que el maestro á quien se entregan sea tal que no les enseñe á ser sapos ni que se contente con que se muestre el alma á solo cazar lagartijas. *V.* 13.

Dios es muy amigo que al que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mismo. *M.* IV, 9.

En ninguna manera se ha de callar cosa al confesor, porque en esto hay gran seguridad, y haciendo lo contrario podría ser engañarnos alguna vez. *V.* 26.

La confesión es para decir culpas y pecados y no virtudes ni cosas de oración, sino fuera y esto con quien se entienda se pueda tratar. *R.* 5.

Si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra, jamás haga nada, ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado avisado, y siervo de Dios, aunque más y más le parezca claro ser de Dios. *M.* VI, 3.

Lo más seguro es que el *alma* no deje de comunicarse toda y las mercedes que el Señor le hace, con el confesor, y que sea letrado y que le obedezca. *V.* 26.

Gran alivio es andar con claridad con el que está en lugar de Dios. *E.* 52.

Mucho es menester andar con gran llaneza y verdad con el confesor, no sólo en decirle los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración, porque si no hay esto, no aseguro

que vais bien, ni que es Dios el que os enseña. *M. VI, 9.*

No se ha de buscar *un confesor* de nuestro humor.... que vaya con tanto tiento en todo sino procurar uno que esté con mucho desengaño de las cosas del mundo; que en gran manera aprovecha con quien ya le conoce para conocernos. *M. III, 2.*

Mucho va, como dicen, de maestro á maestro. *C. 39.*

Qué gran cosa es un maestro sabio, temeroso, que previene á los peligros; es todo el bien que un alma espiritual puede tener en el mundo, es toda la seguridad. *C. 66.*

Aun de los *maestros* que acá nos enseñan parece gran desgracia no nos acordar de ello. *C. 39.*

No es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama. *C. 26.*

Si es maestro de alma y somos buenos discípulos es imposible sino tenerle mucho amor y aun honrarnos de él y hablar en él en muchas veces. *C. 39.*

Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho tener amor al confesor, si es santo y espiritual, y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios. Si no es tal, aquí está el peligro y puede hacer grandísimo daño entender él que la tiene voluntad. *C. 7.*

Pues cobramos amor á quien nos hace algunos bienes al cuerpo; quien siempre procura, y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no le hemos de querer? *C. 4.*

Es bien que á los principios comunicéis estas mercedes, *de Dios*, debajo de confesión, con un buen letrado, que son los que nos han de dar la luz ó si hubiese alguna persona muy espiritual.... Y si no lo es, mejor es muy letrado; si le hubiera; con el uno y con el otro. Y tratado con estas personas, quietáos, y no andéis dando más parte de ello. *M. VI, 8.*

No dejéis de hacer lo que os mande un confe-

sor letrado, pues Su Majestad nos tiene dicho que tengamos al confesor en su lugar, á donde no se puede dudar ser palabras suyas y éstas ayudan á dar ánimo si el negocio es dificultoso. Nuestro Señor las pondrá al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando él lo quisiere; y si no, no estáis más obligados. El seguir cada uno su parecer téngolo por cosa muy peligrosa; jamás os acaezca. *M. VI, 3.*

Si *el maestro* no tiene experiencia en cosas de oración, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende y que no por eso es imposible, que ganará poco, y dará á ganar menos á quien trata. No haya miedo, si tiene humildad, primita el Señor que se engañe el uno ni el otro. *V. 34.*

En esto es menester experiencia y maestro, con quien tratarlo: y si buscando no le hallare, el Señor no le faltará: hay pocos que hayan llegado á la experiencia de tantas cosas como hay en el camino de la oración; y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta; y por esto es mejor tratarlo con su confesor, y que sea tal. *V. 40.*

No se espante *el maestro* ni le parezcan cosas imposibles (todo es posible al Señor) sino procure esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia de oración á una viejecita mas sabia por ventura que á él otros, aunque sea muy letrado; con esta humildad aprovechara más á las almas y á sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. *V. 34.*

Gran tormento y turbación da el topar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura; todo lo teme, en todo pone duda como ve en las almas cosas no ordinarias; en especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfección (que les parece han de ser ángeles á quien Dios hiciere estas mercedes y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo) luego es todo condenado, ó demonio, ó melencolía. *M. VI, 1.*

CAPÍTULO LXVIII

De la disciplina regular

Una cosa me ha acaecido hartas veces y con prioras harto siervas de Dios, á quien yo daba tanto crédito que me parecía imposible haber otra cosa; y estando algunos días en la casa quedábame espantada de ver tan contrario de lo que me había dicho, y en alguna cosa importante que me hacía entender que era pasión, y era casi la mitad del convento, y era ella la que no se entendía, como después lo vino á entender. Yo pienso que el demonio, como no hay muchas ocasiones en que tentar á estas hermanas, tienta á las prioras, para que tengan opiniones en algunas cosas con ellas, y ver cómo lo sufren todo es para alabar al Nuestro Señor. *M. de V.*

Mucho es menester informarse de lo que se hace con el confesor, y no de una ni de dos sino de todas, y la mano que se le da, que pues no es Vicario, ni le ha de haber, y se quita esto porque las tenga, es menester que no haya comunicación con él sino muy moderadamente y mientras menos es mejor. Y en regalos y cumplimientos, si no fuere muy poco, se tenga gran aviso. *M. de V.*

Importa mucho *para el buen orden de los monasterios* informarse del capellán, y de con quien se confiesan, y que no haya mucha comunicación, sino lo necesario. *M. de V.*

Todo es santo, mas Dios me libre de confesores de muchos años. *E. 353.*

En que perpetuamente no sean vicarios de las monjas los confesores, pongo mucho; porque es cosa tan importante para estas cosas, que con serlo tanto el confesarse con frailes, antes pasaría por que se esté como se está, que por que cada confesor sea vicario..... Hay grandes inconvenientes que he sabido donde los tienen, y para mí uno basta que tengo bien visto, que si el Vicario se contenta de unas, no puede la Priora quitar que parle lo que quisiere con ella, porque

es superior, y de aquí vienen mil desventuras.
E. 323.

Es también necesario que *las monjas* tampoco estén sujetas á los Piores. Acierta uno á saber poco, y mandará cosas que las inquiete á todas..... Y hemos de mirar los tiempos por venir, pues ya hay tanta experiencia y quitar las ocasiones, porque el mayor bien que pueden hacer á estas monjas, es que no haya más plática con el confesor que oír sus pecados, que para mirar el recogimiento basta ser confesores para dar aviso á los provinciales..... Vanos todo nuestro ser en quitar la ocasión para que no haya estos negros devotos, destruidores de las esposas de Cristo (*), que es menester pensar siempre en lo peor que pueda suceder, para quitar esta ocasión, que se entra sin sentirlo por aquí el demonio. Sólo esto y tomar mucho número de monjas es el medio que siempre temo que nos han de dañar; y así suplico á vuestra Paternidad ponga mucho en que queden estas dos cosas en las constituciones muy firmes. *E. 323.*

Si algún fraile ha de quedar allí, vuestra Paternidad le avise mucho que tenga poco trato con las monjas..... Crea que mientras más viere á sus hijas apartadas de tratos particulares, aunque muy santos, es mejor, an para la quietud de dentro de casa. *E. 279.*

Es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie á esta casa, sino quien trata de esto, porque ni las contenta, ni los contentan: no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de Nuestra Señora del Carmen y cumplida ésta sin relajación..... Plega al Señor

(*) Notable expresión y que apunta á los susodichos reformadores ó perturbadores.

sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén. V. 36.

Señoras, madres y hermanas mías: Nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuán lejos de merecerlo.

Háme dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora tal que haría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

Sólo vengo para servirlas y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera: aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas ó de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades, no hay para qué vuestras mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que, aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras iguallen con la intención y deseo (*).

(*) Alocución de Santa Teresa á las monjas de la Encarnación, de Avila, cuando, habiendo ya renunciado la Regla mitigada, fué á ser Prelada de aquel convento, año 1571.

Hijas mías, harto consolada voy desta casa, y de la perfección que en ella veo, y de la pobreza, y de la caridad que unas tienen con otras: y si va como ahora, nuestro Dios les ayudará mucho.

Procure cada una que no falte por ella un punto lo que es perfección de religión.

No hagan los ejercicios della como por costumbre, sino haciendo atos heroicos, y cada día de mayor perfección.

Dense á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra (*).

Hijas y señoras mías: Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan á sus superiores (**).

CAPÍTULO LXIX

De las ventajas del saber en cosas espirituales

Gran cosa es el saber y las letras para todo.
M. IV, 1.

Más hará un letrado y religioso perfecto *en convertir almas* que muchos que no lo estén.
C. 3.

Lo que hemos de pedir á Dios es que en este castillito, que hay ya de buenos cristianos, no se levante ningún traidor, sino que los tenga Dios de sus manos, y á los capitanes deste castillo, ó ciudad, los haya muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos....
C. 2.

El tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección es todo nuestro bien; sobre

(*) Breve plática que Santa Teresa hizo al salir de su convento de Valladolid, tres semanas antes que muriese.

(**) Allocución de Santa Teresa á las monjas de Alba poco antes de morir.

éste asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso. *C. 5.*

No es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar; y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies y estar desasidos de las cosas que se acaban y asidos á las eternas, por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. *C. 3.*

El tener letras es un grande tesoro para este ejercicio de *oración*, á mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados que ha poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho, y esto me hace tener grandes ansias por que muchos fuesen espirituales. *V. 12.*

Tengo para mí que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones. *V. 13.*

Los demonios temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida. *V. 13.*

Mi opinión ha sido siempre y será que cualquier cristiano procure tratar con quien tenga buenas *letras*, si se puede, y mientras más mejor; y los que van por camino de oración tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. *V. 13.*

Comienza una mujer casada á tener oración, y si un simple la gobierna y se le antoja, dirála que es mejor, cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente á su marido; así, que el *confesor ignorante é indiscreto* no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á la verdad; por faltarle á él la luz, no la da á los otros. *V. 13.*

Siempre fuí amiga de letras..... Gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados; he visto por experiencia que es mejor siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas que tener pocas, porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó. *V. 5.*

Yo sé de una persona que no había llegado á

su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia y potencia y esencia, y de una merced que le hizo Dios de esta suerte lo vino á creer, de manera que aunque un medio letrado á quien preguntó cómo estaba Dios en nosotros (él lo sabía tan poco como ella antes que Dios se lo diese á entender) le dijo que no estaba más de por gracia, ella tenía ya tan fija la verdad que no lo creyó y preguntólo á otros, que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. *M. V, 1.*

Es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan á los que poco sabemos y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. *V. 13.*

Importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio. *V. 13.*

Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señor los tenga de su mano y los ayude para que nos ayuden. Amen. *V. 13.*

Espántanse muchas veces letrados, religiosos en especial, con el trabajo que han ganado lo que sin ninguno más de preguntarlo me aprovecha á mí. ¡Y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! No plega á Dios. *V. 13.*

Yo alabo mucho á Dios..... porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad que los inorantes inoramos. *V. 13.*

Si *el maestro espiritual* no es letrado, gran inconveniente es, y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos. *V. 13.*

Conviene tener maestro que sea letrado y no le callar nada; con esto ningún daño puede venir. *V. 25.*

Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en éstas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester mucho las perladas si quieren hacer bien su oficio confesarse con letrados; y si no, ha-

rán hartos borrones, pensando que es santidad, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras. *F. 19.*

Cuando *Garcíalvarez* hubiere de comunicar algo, se deje de maestros de espíritu y busque grandes letrados, que éstos me han sacado de muchos trabajos. *E. 113.*

Los grandes letrados, aunque no hayan pasado por estas cosas *de oración*, tienen un no sé qué, que como Dios los tiene para luz de la Ilesia cuando es una verdad, dásele para que se admita; y si no son derramados sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y, en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas. De esto tengo grandísima experiencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy mucho. *M. V, 1.*

Harta misericordia nos hace Dios que haya comunicado estas cosas á persona que las podamos venir á saber. *M. VII, 1.*

En estos tiempos de quietud *en la oración*, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras á un cabo; tiempo verná que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo por servir á Su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto della que toda la ciencia del mundo. *V. 15.*

A los que el Señor tiene *para sustentar con sus letras la verdad* y declarárnosla á nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar y lo que en ello ganan. *C. 1.*

No piense que va *todo* en letras y saber..... Es desatino. *V. 30.*

Algunas veces con tantos libros parece se nos pierde la devoción en lo que tanto nos va tenerla. *C. 21.*

Hay algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen principio

de espíritu, que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por los entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si *tuviesen, por lo menos, humildad!* C. de A. 6.

Procure *la Superiora* tratar con quien tenga letras y que traten sus monjas. Dios las libre por espíritu que unos les parezca tenga, y en hecho de verdad le tenga, regirse en todo por él, si no es letrado. C. 8.

¡Qué gran cosa es entender un alma! V. 23.

Es gran cosa la experiencia que da á entender lo que nos conviene y en todo se sirve á Dios. V. 11.

Nada se deprende sin un poco de trabajo. C. 50.

Hace mucho al caso tratar con personas experimentadas. M. II, 1.

Las cosas de oración todas son dificultosas; y si no se halla maestro, muy malas de entender. V. 13.

Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, serán bien obscuras para quien no tuviere experiencia. V. 10.

Yerran muchos en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviese espíritu, si es letrado, no gobierne á quien le tiene; mas entiéndese en lo exterior é interior que va conforme á vía natural, por obra de entendimiento, v en lo sobrenatural que mire conforme á la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni halague los espíritus, que ya cuanto en aquello otro mayor señor los gobierna, que no están sin superior. V. 34.

Es engaño *pensar* que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia. V. 34.

Donde hay experiencia, á mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. V. 28.

Yo he topado almas acorraladas y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí, porque no entendiendo el espí-

ritu, afligen alma y cuerpo y estorban el aprovechamiento. *V. 13.*

Es muy necesario el maestro, si es experimentado; que sino, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla ni dejarla á sí mesma entender. *V. 13.*

Todo lo que no está en costumbre, da más trabajo. *C. 50.*

CAPÍTULO LXX

De la muerte

No digo que se quite el deseo *de morir*, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto..... como el deseo de vivir para servir más á Dios, ó por poder ser que dé luz á alguna alma que se había de perder. *C. 31.*

¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más muerte eternal? *C. 60.*

Los que de veras amaren á Dios, y hubieren dado de mano á las cosas de esta vida, más suavemente deben morir. *V. 38.*

Mire que es muy de los que no se acuerdan de que hay vida para siempre sentir tanto á los que van á vivir salidos de estas miserias. *E. 18.*

¡Oh, Señor mío y Bien mío! ¿Cómo queréis que se desee vida tan miserable que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por vos, á gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo entender que es vuestra voluntad? Si lo es, Dios mío, muramos con vos, como dijo Santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces vivir sin vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. *M. III, 1.*

Todo se ha de acabar tan presto que, si tuviésemos la razón despierta y con luz, no era posible sentir los que mueren conociendo á Dios, sino holgarnos de su bien. *E. 186.*

¡Oh si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin Dios, templaría el miedo de la muerte, con

el deseo de gozar de la vida verdadera! *V. 21.*

Vuestra merced no se considere vida muy larga, pues todo es corto lo que se acaba tan presto, sino advierta que es un momento lo que le puede quedar de soledad, y póngalo todo en las manos de Dios, que Su Majestad hará lo que más conviene. Harto gran consuelo es ver muerte, que tan cierta siguridad nos pone que vivirá para siempre. *E. 130.*

Supliquemos al Señor, si vamos á recibir luego penas, sea adonde con esperanza de salir de ellas las llevemos de buena gana, y adonde no perdamos su amistad. *C. 71.*

Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades para que nos conozcamos. *M. III, 1.*

¡Mirad que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte, no se nos hará poco, en especial á las que tomó por esposas el juez de la vida! ¡Oh, gran dinidad de Dios dina de despertarnos para andar con diligencia, contentar á este Señor y Rey nuestro! *C. de A. 2.*

¡Oh, Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¡Qué será aquel día cuando vengáis á juzgar! ¡Pues viniendo aquí tan de amistad á tratar con vuestra esposa, pone miraros tanto temor! ¿Qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: Id, malditos de mi Padre? *M. VI, 9.*

Aquí se representa bien qué será el día del juicio ver esta Majestad desde Rey, y verle con rigor para los malos. *V. 29.*

Ha de andar uno metido en una gran hoya; allí se le acaba la vida, y harto hará si no ahonda hacia abajo para ir al infierno. *C. 67.*

Los que padecen en purgatorio, no les impide no tener cuerpo, para dejar de padecer mucho más que todos los que acá teniéndole padecen. *M. VI, 11.*

Es tan poco este padecer *de acá*, en comparación de lo que se padece en el purgatorio, como sería una gota de agua en el mar. *M. VI, 11.*

No queramos regalos; todo es una noche la mala posada. Alabemos á Dios, esforcémonos á hacer penitencia en esta vida. ¡Qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene

hecha, y no ha de ir al purgatorio.....! No verá en sí temor, sino todo paz. *C. 71.*

¡Oh, que Dios es muy buen pagador, y paga muy sin tasa! *C. 66.*

CAPÍTULO LXXI

Del infierno

Para librarnos del infierno merecido, todo es poco. *M. VI, 1.*

¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? *V. 26.*

No sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día consigo el demonio. *V. 32.*

Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma, de las muchas que vía perder. *C. 1.*

Aunque es grande la misericordia *de Dios*, que por mal que vivan los cristianos, se pueden enmendar y salvarse, temo que se condenan muchos. *M. V, 2.*

Si á los condenados les pusiesen delante cuantos tormentos hay en el mundo, no bastarían á darles alivio, antes les acrecentaría el tormento. *M. VI, 1.*

Si vemos acá una persona que bien queremos, en especial con un gran trabajo ó dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida á compasión, y si es grande, nos aprieta á nosotros; pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin pena. *V. 32.*

Consideremos á aquellos que están en el infierno que no están con esta conformidad ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer sino que siempre padece más y más (digo más y más cuanto á las penas accidentales), siendo el tormento del alma tanto más recio que los de los cuerpos y los que ellos pasan mayores sin comparación

que este que aquí hemos dicho, y éstos ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿Y qué podemos hacer en esta vida tan corta ni padecer que sea nada para librarnos de tan terribles y eternos tormentos? *M. VI, 11.*

Nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y benignos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón. Esto ha sido toda mi vida. *M. VI, 9.*

Los condenados son ya del demonio; buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. ¡Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas cómo se pierden! *P. 1.*

Si el demonio, no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo? *V. 31.*

Todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que se padece en el infierno. *V. 32.*

No me acuerdo ver que tenga trabajo ni dolores que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así, me parece en parte que nos quejamos sin propósito. *V. 32.*

Me parece cierto á mí que, para librar una sola alma de los gravísimos tormentos *del infierno*, pasaría yo muchas muertes de buena gana. *V. 32.*

Muchas veces se procura con *los dineros* el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. *V. 20.*

Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado y yo merecido por mis pecados. Ello fué en bre-

vísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme.

Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y obscuro y angosto. El suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena á donde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

Esto otro me parece que aun principio de encarecerse como es no lo puede haber ni se puede entender. Mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque allí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No vía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, á lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas á la vista, aprietan ellas

mesmas y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. ●

Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que á la vista le ha de dar pena todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo; cuanto á la vista, muy más espantosas me parecieron; mas como no sentia la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu como si el cuerpo lo estuviera padeciendo.

Yo no sé cómo ello fué, más bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocos (que por temor no se llevaba bien mi alma), ni que los demonios atenzan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa; en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural que me falta de temor aquí donde estoy, y así no me acuerdo ver que tenga trabajo en dolores que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar y así me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles (*). V. 32.

(*) Con razón se ha admirado esta descripción del infierno. Es ciertamente una de las cosas más bellas que escribió Santa Teresa.

¿Qué será de la pobre alma que, acabada de salir de los dolores y trabajos de la muerte, cae luego en manos del demonio? ¿Qué mal descanso le viene! ¿Qué despedazada irá al infierno! ¿Qué temeroso lugar! ¿Qué desventurado hospedaje! C. 71.

Si para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son las que más deben de ir al infierno), pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? C. 71.

Ví cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad; y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto, nos sufre. V. 40.

¿Qué será de los pobres que están en el infierno, que no se han de mudar para siempre, que, aunque sea de trabajo á trabajo, parece de algún alivio! A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese en otra otro tan penoso, me parece era alivio mudarse. F. 24.

CAPÍTULO LXXII

De la gloria

Si el Señor no permitiese se olvidase lo *que entiende el alma se goza en el cielo*, no sé cómo se podría vivir. V. 38.

En la gloria es grande la diferencia que hay de unos á otros. V. 38.

Cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial, ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro. *Porque si deleita tanto ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro*, aun acá que se muestra Su Majestad, conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Todo lo del mundo es asco y basura, comparado á los tesoros que se han de gozar sin fin. Ni aun éstos no son nada, en com-

paración de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra. *M.* VI, 4.

Si considerase el alma lo que no nada que es todo en comparación de la gloria de Dios, se afrentara de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanto más aficionarse á ella, porque todo parece un hormiguero. *V.* 39.

¡Qué gloria accidental y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan *de cielo*, cuando vieren que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible! ¡Ni dejaron cosa por darle de todas maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más más! ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio será el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron al que es la misma Sabiduría! *V.* 27.

Grandísima diferencia hay en el cielo á gozar de gozar; mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. *V.* 10.

El gran bien que hay en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosas de la tierra; un sogiego y gloria en sí mismos; un alegrarse, que se alegran todos; una paz perpetua; una satisfacción grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre y no le ofende nadie; todos le aman y la misma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce. *C.* 32.

¿Quién ve algo de la gloria que da Dios á los que le sirven, que no conozca es todo nada lo que se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? *V.* 26.

Bendito sea Dios, que hemos de gozar de El con siguridad eternamente; que cierto acá, con estas ausencias y variedades en todo, poco caso podemos hacer de nada. Con este esperar el fin paso la vida; dicen que con trabajos; á mí no me lo parece. *E.* 53.

Fiémonos (de Dios), que ha mirado lo que más conviene á las almas; que en todo lo demás, en

esta comparación, hay que hacer poco caso; el bien ó el mal eterno es en lo que nos va. *C. 186.*

Hemos menester obrar, para gozar la gloria. *M. 2.*

Dios no deja ningún servicio sin paga. *C.*

Sea Dios bendito, que hemos de ver eternidad sin mudanzas de tiempos; plega á Su Majestad se pase éste de manera que podamos gozar de tan gran bien. *E. 27.*

Libradme, Señor, de esta sombra de muerte. Libradme de tantos trabajos; libradme de tantos dolores; libradme de tantas mudanzas, de tantos cumplimientos, como forzado hemos de tener los que vivimos, de tantas, tantas, tantas cosas que me cansan y fatigan..... ¡Oh, Señor mío! Libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes. *C. 75.*

PARTE TERCERA

EXCLAMACIONES, ASPIRACIONES Y AFECTOS

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

CAPÍTULO PRIMERO

Exclamaciones

I

OH, vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? Qué haces, pues todas tus obras son imperfectas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada.

¡Oh, Señor, que vuestros caminos son suaves. Mas, ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy á servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querria emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dáis Vos.

¡Oh, Dios mío, misericordia mía! ¿Qué haré, para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor y con gran sabiduría, pues la misma sois Vos, Señor.

Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase

la voluntad, porque querría que nadie la estorbase á amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar y no ve cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideración de vuestras grandezas, adonde se hallan mejor las innumerables bajezas mías.

¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye sino Vos, padre y Criador mío? Pues para entender Vos mi pena, ¡qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay, Dios mío! ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos?

¡Oh, vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! Quién te deseará, pues la ganancia que de tí se puede sacar ú esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros.

II

Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso, puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. Mas, ¿qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que sólo pretende contentaros?

¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee; el de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece; y así, sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien.

¡Oh, bien mío! Que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siem-

pre los han de perder. Y ansí el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros?

¡Oh, Jesús mío, cuán grande es el amor que tenéis á los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente, porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados en el amor al prójimo! Quien no le amare, no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis á los hijos de Adán.

III

Considerando la gloria que tenéis, Dios mío, aparejada á los que perseveraren en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece que no se agradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado á amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden?

¡Oh, Redentor mío, y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos tornéis á dar la mano y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud! Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad!

¡Oh, ánima mía! Bendice para siempre á tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra El? ¡Oh,

que á los que son desgraciados, la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios.

Oh, hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra El? No, que se acaba la vida del hombre, como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia.

¡Oh, poderoso Dios mío! Pues aunque no queramos, nos habéis de juzgar, ¿por qué no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora? Mas, ¿quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, ¡oh Dios y Señor mío! Al que Vos habéis levantado, y él ha conocido cuán miserablemente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado á contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltáis, Bien mío de mi alma, á los que os quieren, ni dejáis de responder á quien os llama), ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir?

¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mío! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo vinistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contenidos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes; remedias-tes mi ceguedad con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad, con tan cruel corona de espinas.

¡Oh, Señor, Señor! Todo esto lastima más á quien os ama; sólo consuela que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros á Vos se quiten todas las miserias de esta mortalidad.

IV

Parece, Señor mío, que descansa mi alma, considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos; mas querría primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos sirviéndola á ella le ganastes.

¿Qué haré, Señor mío? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh, qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando, para que toda me emplease en Vos! ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable ó apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar á Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas ó vuestras magníficas obras?

¡Oh, Dios mío y misericordia mía! ¡Y cómo las podéis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios; ahora se podrá entender si mi alma se entiende á sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podéis Vos, Señor, hacer que la torne á ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar á cobrar.

Bendito sea mi Dios. ¡Oh, Señor! Confieso vuestro gran poder; si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mío, quered que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis; y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso?

Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias, nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis, podéis.

V

¡Oh, Señor mío, ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? ¿Pues qué haré, consuelo de los desconsolados y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura, será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remediéis? No por cierto, que Vos, Señor mío y deleite mío, sabiendo las muchas que habían de ser, y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos y que no dejaréis de dar.

Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que le teníades, como á su hermana, que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir á quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada á su hermana, antes con toda su queja se fué á Vos, Señor, que el amor la hizo atrever á decir que ¿cómo no teníades cuidado? Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo: que sólo amor es el que da valor á todas las cosas, y que sea tan grande que ninguna le estorbe á amar es lo más necesario.

Mas, ¿cómo le podremos tener, Dios mío, conforme á lo que merece el amado, si el que Vos me tenéis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh, que no tengo ninguna razón, porque siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear: si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. ¿Pues qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me déis, Dios mío, que os dé, con San Agustín, para pagar algo de

lo mucho que os debo; que os acordéis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quién es mi Criador, para que le ame.

VI

¡Oh, deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dáis á quien tan pocos tiene en la tierra, para tener algún descanso fuera de Vos?

¡Oh, vida larga! ¡Oh, vida penosa! ¡Oh, vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos?

Oh, mi Dios y mi Criador, que llagáis y no ponéis la medicina; herís y no se ve la llaga; matáis, dejando con más vida; en fin, Señor mío, hacéis lo que queréis, como poderoso. Pues un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿queréis sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo queréis, que yo no quiero sino quereros.

Mas ¡ay, ay, Criador mío, que el dolor grande hace quejar y decir lo que no tiene remedio hasta que Vos queráis! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos queráis. Quered, gloria mía, que crezca su pena, ú remediadla del todo.

¡Oh, muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en tí la vida! Mas, ¿quién no temerá, habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios? Y, pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo primitáis Vos, bien mío, que os costó mucho mi rescate.

¡Oh, ánima mía! Deja hacerse la voluntad de tu Dios; eso te conviene; sirve y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón dellas; no quieras gozar sin padecer.

¡Oh, verdadero Señor y Rey mío, que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

VII

¡Oh, esperanza mía y Padre mío, y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras estas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleitéis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo, que dice que os deleitáis con vuestro Hijo. ¿Pues hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer!

¿Y que todo esto olvidemos los mortales? Acordáos Vos, Dios mío, de tanta miseria y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor.

¡Oh, ánima mía! Considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer á su Hijo, y el Hijo en conocer á su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan. ¿Pues qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, Dios mío, ó qué ganáis?

¡Oh bendito seáis Vos! ¡Oh bendito seáis, Dios mío, para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos. Alégrate, ánima mía, que hay quien ame á tu Dios como El merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dále gracias, que nos dió en la tierra quien así le conoce, como á su único Hijo.

Debajo de este amparo podrás llegar y suplicarle, que pues Su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastante á apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude. para tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que

puedas decir con verdad: *Engrandece y loa mi ánima al Señor.*

VIII

¡Oh, Señor, Dios mío, y cómo tenéis palabra de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas qué maravilla, Dios mío, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras.

¡Oh, Dios mío, Dios, Dios Hacedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiéredes criar más? Sois todopoderoso; son incomprendibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras. Decís Vos: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os consolaré.

¿Qué más queremos, Señor? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? Válame Dios, ¡oh, válame Dios! ¿Qué es esto, Señor?

¡Oh, qué lástima! ¡Oh gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos.

Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego que lo era de su nacimiento, que éste deseaba ver la luz y no podía; ahora, Señor, no se quiere ver.

¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis á quien no os quiere; que abráis á quien no os llama; que déis salud á quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad!

Vos decís, Señor mío, que venís á buscar los pecadores: éstos, Señor, son los verdaderos pecadores; no miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino á la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros; resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos

hechura vuestra. ¡Válganos vuestra bondad y misericordia!

IX

¡Oh, piadoso y amoroso Señor de mi alma! También decís Vos: Venid á mí todos los que tenéis sed, que yo os daré á beber. ¿Pues cómo puede dejar de tener gran sed el que está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir.

Ya sé yo, Señor mío, de vuestra bondad que se la daréis: Vos mismo lo decís, no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados á vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan, de desatinados, á ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mío? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como éstas; comenzad, Señor: en las cosas más dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad.

Mirad, Dios mío, que van ganando mucho vuestros enemigos: habed piedad de los que no la tienen de sí, ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir á Vos, venid Vos á ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan y tornen en sí, y comiencen á gustar de Vos, resucitarán estos muertos.

¡Oh, Vida, que la dáis á todos! No me neguéis á mí esta agua dulcísima que prometéis á los que la quieren: yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo á Vos: no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh, Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh, con cuánta razón se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos.

¡Oh, fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento, y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida el que procurare sustentarse de este divino licor.

X

¡Oh, Dios de mi alma, qué priesa nos damos á ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos mayor á perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento, si es el haber ya entendido vuestra gran misericordia y olvidarnos de que es justa vuestra justicia?

Cercáronme los dolores de la muerte: ¡oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar á Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estáis, mi Dios, de ellos! ¿Adónde podéis ir, que no os atormenten? De todas partes os dan heridas mortales.

¡Oh, cristianos! Tiempo es de defender á vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña á Lucifer, y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto: casi no halla de quién se fiar.

¡Oh, amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor!

¡Oh, cristianos verdaderos! Ayudad á llorar á vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas sino por los que no habían de querer resucitar, aunque Su Majestad les diese voces.

¡Oh, Bien mío, qué presente teníades las culpas que he cometido contra Vos!

Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos Resucitad á estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la déis, para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites. No os pidió Lázaro que le resucitásedes; por una mujer pecadora lo hicistes; véisla aquí, Dios mío, y muy mayor; resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido, por las que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos, que han de padecer para sin fin, si no se tornan á Vos.

¡Oh, los que estáis mostrados á deleites y contentos y regalos, y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordáos que habéis de estar sujetos siempre, siempre sin fin, á las furias infernales: mirad, mirad, que os ruega ahora el Juez que os ha de condenar, y que no tenéis un solo momento segura la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre?

¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.

XI

¡Oh válame Dios! ¡Oh válame Dios! ¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero qué sentirá un alma que siempre ha sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada, cuando en acabándose de morir se vea ya perdida para siempre, entienda claro que no ha de tener fin; que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe como acá ha hecho y se vea apartar de lo que le parecerá que aún no había comenzado á gozar! Y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo, y rodeada de aquella compañía disforme y sin piedad con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado, en aquella miserable oscuridad, á donde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz sino de una llama tenebrosa.

¡Oh qué poco encarecido va para lo que es! Oh, Señor, ¿quién puso tanto lodo en los ojos de esta alma, que no haya visto esto hasta que se vea allí? Oh, Señor, ¿quién ha atapado sus oídos para no oír las muchas veces que se le había dicho esto, y la eternidad de estos tormentos?

¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡Oh tormento sin fin! ¿Cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena á su cuerpo?

Oh, Señor Dios mío. Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabéis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay que no quieren

entenderlo: siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que sería para tenerla muchos; no por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo; mirad sus llagas, Señor, y pues El perdonó á los que se las hicieron, perdonadnos Vos á nosotros.

XII

¡Oh, mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razón no estuviese tan ciega, no bastarían las de todos juntos para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, sino como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte; porque en su imaginación les parece con ella ganar la vida; en fin, como gente sin razón.

¿Qué podemos hacer, Dios mío, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mismo mal les hace tener grandes fuerzas; así es los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les hacéis más bien.

¡Oh sabiduría, que no se puede comprender! Como fué necesario todo el amor que tenéis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios.

Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender á sí mismos que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasión, y apartarse de un peligro, á donde pierden el alma; y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos.

¿Qué es esto, Bien mío? ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán á quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro

siervo, y puesto en fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura?

¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué es esto, mi Criador? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¿Aun si Vos, Principe mío, no favoreciérades á los vuestros? Aun si debiéramos algo á este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos tenéis guardado, y ver todos sus gozos y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros quien lo fué contra Vos?

¡Oh ceguedad grande, Dios mío! ¡Oh qué grande ingratitud, Rey mío! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dáis Vos, Dios mío! ¿Que paguemos el gran amor que nos tenéis, con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre; que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar á vuestro Padre Eterno (ya que Vos no queréis venganza, y lo perdonastes) de tan gran desacato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitán? Claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso, y perdonarnos lo pasado.

¡Oh, mortales, volved, volved en vosotros! Mirad á vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso; acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros; abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz á quien la dió al mundo; entendéos por amor de Dios, que váis á matar con todas vuestras fuerzas á quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada con-

tra su poder, y que tarde ó temprano habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque véis á esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacían los que le dieron la muerte, sino después de atado, darle golpes y heridas?

¡Oh, mi Dios, cómo padecéis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, Señor, donde haya de darse á entender vuestra justicia, y si es igual de la misericordia.

Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamás podremos acabar de entender lo que debemos á nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute y resplandezca en ellos?

XIII

¡Oh, almas, que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. ¡Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen á mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás.

¡Oh, bienaventuradas ánimas celestiales, ayudad á nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que tenéis! Dadnos, Dios mío, Vos á entender que es lo que se da á los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. Alcanzadnos, oh ánimas amadoras, á entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar.

¡Oh desventurados de nosotros, Señor mío, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verda-

des, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen, ni las quieren conocer!

¡Oh, gente interesal, codiciosa de sus gustos, y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente!

¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas máyores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa nos distes á vuestro Hijo, y tantos años antes de nuestro nacimiento, y aun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con El podemos ganar con Vos, Padre piadoso!

Oh, ánimas bienaventuradas, que también os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio, decidnos, ¿cómo granjeábades con El bien tan sin fiu? Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV

¡Oh, Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es ésta! ¡Mas ay dolor, ay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer!

Temerosa cosa es la hora de la muerte: mas ¡ay, ay, Criador mío! ¡cuán espantoso será el día á donde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos á quien os ama, y Vos, Bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave á las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio.

¡Oh, válame Dios! ¡Qué mal se puede dar esto

á entender, sino á los que ya han entendido cuán suave es el Señor!

Oh, cristianos, cristianos, mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios, concededle, y no le menospreciéis; que así como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible con espantable furia para sus perseguidores.

Oh, que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma: el que más puede más traiciones intenta contra su Rey.

Ya sabéis, Señor mío, que muchas veces me hacía á mí más temor acordarme si había de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno, que se representaban, y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y así os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra, que llegue á esto?

Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan gran aflicción. No deje yo á mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz: vuestro Padre nos dió á Vos, no pierda yo, Señor mío, joya tan preciosa.

Confieso, Padre Eterno, que la he guardado mal: mas aun remedio hay, Señor, remedio hay, mientras vivimos en este destierro.

¡Oh, hermanos, oh, hermanos, é hijos de este Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabéis que dice Su Majestad, que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh, piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso y Dios nuestro: pues quiere amistades, ¿quién las negará á quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirá que no es nada lo que pide, porque nuestro provecho nos está bien el hacerlo.

¡Oh, váleme Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una águila ó un gavián, que no aprovecha

de más de dar un gustillo á la vista de verle volar por el aire, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder esta águila caudalosa de la Majestad de Dios, y un reino, que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo: remediad, Dios mío, tan gran desatino y ceguedad.

XV

¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh, Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dáis á este padecer? No le hay, sino cuando se padece por Vos.

¡Oh, mi suave descanso de los amadores de mi Dios! No faltéis á quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado al alma que le desea.

Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto así, no culparéis á mi deseo. Véisme aquí, Señor, si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehusó todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decía vuestro amador San Martín.

¡Mas, ay dolor! ¡Ay dolor de mí, Señor mío! Que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, delante de vuestro divino acatamiento, y no miréis á mi poco merecer. Merezcamos todos amarnos, Señor, ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acábense ya los deseos é intereses nuestros: ¿qué mayor cosa puede ganar, que contentaros á Vos?

¡Oh, contento mío y Dios mío! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios: ¿pues para

qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor.

¿Qué mayor ganancia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes cuándo verná el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin.

XVI

¡Oh, verdadero Dios y Señor mío! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de Vos, ver que estáis en todos cabos: mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mío, que se turbe el entendimiento, y se esconda la razón para conocer esta verdad, de manera, que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningún remedio admite; porque el corazón que mucho ama no admite consejo ni consuelo, sino del mismo que le llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena.

Cuando vos queréis, Señor, presto sanáis la herida que habéis dado: antes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se saca de padecer tan bien empleado. ¡Oh, verdadero Amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo, y con cuán grandísimas muestras de amor curáis estas llagas, que con las saetas del mismo amor habéis hecho!

¡Oh, Dios mío y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¿Cómo podía haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleitoso tormento? Sin razón sería tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja, como es los medios que pueden tomar los mortales.

Con cuánta razón dice la Esposa en los *Canta-*

res—Mi Amado á mí, y yo á mi Amado, y mi Amado á mí: porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mío. Pues si es bajo, Esposo mío, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar á su Criador?

¡Oh, mi Dios! ¿Por qué yo á mi Amado? Vos, mi verdadero Amador, comenzáis esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego, y desamparo de todas las potencias y sentidos, que salen por las plazas y por los barrios, conjurando á las hijas de Jerusalén que le digan de su Dios. Pues, Señor, comenzada esta batalla, á quién han de ir á combatir, sino á quien se ha hecho señor de esta fortaleza á donde moraban, que es lo más superior del alma, y echádaslas fuera á ellas, para que tornen á conquistar á su conquistador, y ya cansadas de haberse visto sin El, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas, y pelean mejor; y, en dándose por vencidas, vencen á su vencedor?

¡Oh, ánima mía! ¡Qué batalla tan admirable has tenido en esta pena, y cuán al pie de la letra pasa así! Pues mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¿Quién será el que se meta á despartir y amatar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

XVII

¡Oh, Dios mío y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa, y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedir os cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis Vos ya entendidos sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar?

En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida; porque, si os pido que me libréis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo

que pido, Dios mío? Si os suplico me le déis, no conviene por ventura á mi paciencia, que aun está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe: y si con ella le paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y hacéislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querría en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honra, y podrá ser que por la mesma causa que pienso se ha de perder, se gane más para lo que pretendo, que es serviros.

Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme á entender que no me entiendo: mas como sé que las entendéis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo despierta mi miseria, Dios mío, y ciega mi razón, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano: que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable y flaca y pusilánime, que ando á buscar qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecía tenía recibidas mercedes de Vos, para pelear contra las tempestades de este mundo. Que no, mi Dios, no, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí: quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros: y si Vos, Dios mío, quisiéredes contentarme á mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iría perdida.

¿Qué miserable es la sabiduría de los mortales, é incierta su providencia? Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más á vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero ó deseo, si vuestro amor, que en mí viva siempre, no lo deseara. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: El viva, y me dé vida: El reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor, ni más miserable cautiverio, que estar el alma suelta de la mano de su Criador?

Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas

de los beneficios de la misericordia ¡de Dios se vieren presos é inhabilitados para ser poderosos para soñarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh, quien se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino inferno, de donde, ya no se esperase poder salir, o, por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ¡ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal siempre corre peligro la eterna!

¡Oh, vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! ¡Sufrote porque sufre Dios, y manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida! Con todo esto, ¡ay de mí, Señor, que mi destierro es largo, breve es todo tiempo para darle por vuestra eternidad, y muy largo es un solo día y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender!

¡Oh, libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo sera aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! El es bienaventurado, porque se conoce y ama y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa; no tiene ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí y dejarse de amar.

Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza, porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza, con tanta perfección, que ya no puedas ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor. Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida.

Mas tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré á El mis pecados y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de ala-

banza con suspiros perpetuos al Salvador mío y Dios mío; podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria, y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos; mas, entretanto, en esperanza y silencio será mi fortaleza; más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza; sirvate yo siempre y haz de mí lo que quisieres.

CAPÍTULO II

Aspiraciones y afectos

¡Oh, Señor mío! Pues parece tenéis determinado que me salve, plega á Vuestra Majestad sea así.... No me parece os quedó á Vos nada por hacer para que desde esta edad (de la niñez) fuese toda vuestra. V. 1.

¡Oh, Señor mío! ¡Qué vergüenza es ver tantas maldades!.... ¡Oh, Criador mío, quién tuviera alguna cosa *buena* que contar entre tantos males!.... Es así que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón..... Plega á Su Majestad me dé gracia para que no esté siempre en los principios. Amén. V. 31.

Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de piscina tan sucia como yo agua tan clara que sea para vuestra mesa.... Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que así queréis levantar un gusano tan vil. V. 19.

Ya sabéis Vos, bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues ¿qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. C. 22.

Por cierto, Señor, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues á Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos mejor nos tengan ley? C. 1.

¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudamos á llevar la cruz con el Cirineo? ¿Que con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que Jesús nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino: errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. V. 27.

¡Oh, Dios mío, qué daño hace en el mundo pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra Vos! No está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á Vos. V. 2.

¡Oh, válgame Dios, que hace tener tan adormida la fe para lo uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto ternemos el castigo, ni cuán cierto el premio! C. 50.

¡Oh, ceguedad del mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratisima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto. V. 5.

Paréceme fuera bien, oh, ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. V. 5.

¿En quién, Señor, puede así resplandecer *vuestra misericordia*, sino en mí, que tanto he obscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que, si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, *vuestra misericordia*. V. 4.

Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y cómo se ha parecido que me queríades Vos mucho más á mí que yo me quiero! Qué de veces me libras-tes de *la cárcel temerosa del infierno*, y cómo

me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad! V. 32.

Bendito seáis para siempre, que aunque os dejaba yo á Vos, no me dejastes Vos á mí tan del todo, que no me tornase á levantar con darme Vos siempre la mano. V. 6.

¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de Vos, *Señor*, que sois Bien sobre todos los bienes? C. 22.

¡Oh, Señor mío, qué de veces os hacemos andar á brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejaste tomar en ellos cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos á vencerle? C. 24.

¡Oh, Señor de mi alma! ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes? ¿Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento para que gustase de vuestros regalos y mercedes? A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. V. 7.

¡Oh, bondad infinita de mi Dios!.... ¡Oh, regalo de los ángeles que toda me querría..... deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos á quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío! ¡Cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis á que se haga á vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya!

Tomáis vos en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto claro esto por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar á Vos por esta particular amistad.

Los malos que no son de nuestra condición, se deben llegar para que los hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos..... Por esta fuerza que se hacen á estar en tan buena

compañía..... forzáis Vos á los demonios para que no los acometan, y que cada día tenga menos fuerza contra ellos, y dáisela á ellos para vencer. Sí, que no matéis á nadie, vida de todas las vidas que se fían de Vos, y de los que os quieren por amigo, sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud, y dáisla al alma. V. 8.

Como, Señor mío, vemos que nos libráis muchas veces de los peligros en que nos ponemos, aun para ser contra Vos, ¿cómo es de creer que no nos libraréis cuando no se pretende otra cosa más que contentaros y regalarnos con Vos? F. 4.

Sea *el Señor* bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal corresponde á tan grandes beneficios. V. 29.

¡Oh, Señor, Señor! Sois Vos nuestro dechado y Maestro; sí por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra, Rey mío? ¿Por ventura perdistesla en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganastes y provechos para todos. ¡Oh, por amor de Dios! Que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio, y plegue á Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra; y vernemos después á pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una nadería de éstas, que ni nos agraviaron, ni tenía que ver con agravio; y muy como quien ha hecho algo, vernemos á que nos perdone el Padre, pues hemos perdonado. Daldes á entender, Señor, como no saben lo que dicen. Hacedlo por vuestra misericordia y por quien sois; que en verdad, Señor, que no veo cosa, pues todas las cosas se acaban y el castigo es sin fin, que merezca ponérseos delante para que hagáis tan gran merced, si no es por quien os lo pide, que tiene razón, que es siempre el agraciado y el ofendido. C. 64.

¡Oh, Hijo del Padre Eterno, Jesucristo, Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¿Qué dejastes en el mundo que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes? ¿Qué poseístes, Señor mío, sino trabajos y dolores y deshonras, y aun no

tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte.....? Vuestras armas son cinco llagas..... Esta ha de ser nuestra divisa; si hemos de heredar *vuestro* reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas, *hemos* de ganar lo que nos *comprastes* con vuestra sangre. *F. 10.*

¡Oh, Señor mio! Cuando pienso por qué de maneras padecísteis y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso, cuando no deseaba padecer, ni á dónde estoy cuando me disculpo. *C. 22.*

Bendito sea el que de todas *mis faltas* saca bien, cuando es servido. *V. 39.*

¡Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido! *V. 2.*

Haced Vos, Señor, lo que quisiéredes; no os ofenda yo; no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis dado, por vuestra sola bondad; padecer quiero, Señor, pues Vos padecísteis; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad, y plega á Vuestra Majestad que cosa de tanto precio como vuestro amor, no se dé á gente que os sirva por gustos. *V. 11.*

También me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor que con gran determinación me deje poner á ella..... Y no quiero mundo, ni cosa de él, ni me parece me da contento, cosa que no salga de Vos, y lo demás me parece pesada cruz. *V. 6.*

¿Qué se me da á mí de mí, sino de Vos? *V. 39.*

Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan. *V. 34.*

¡Oh, Señor mio, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que los queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dáis á entender bien que no es menester más de amaros de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mio, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el

camino que lleva á Vos. Camino real veo que es, que no senda; camino que, quien de verdad se pose en él, va más siguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda es y ruin senda y angosto camino el que de una parte está un valle muy hondo á donde caer, y de la otra un despeñadero; no se han descuidado cuando se despeñan y se hacen pedazos.

El que os ama de verdad, Bien mío, siguro va, por ancho camino y real, lejos está el despeñadero. No ha tropezado tantico cuando le dáis Vos, Señor, la mano! No basta una caída y muchas si os tiene amor, y no á las cosas del mundo, para perderse.....

¡Oh, Señor mío, que de todos los bienes que nos hicistes nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad, buscando medios y maneras y invenciones para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal experimentados en amaros á Vos, tenémoslo en tan poco que de mal ejercitados en esto vanse los pensamientos á donde están siempre y dejan de pensar los grandes misterios que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo. *C. de A. 1.*

¡Oh, mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu cuando por acá se puede ver ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar esta tan pequeña para las muy grandes que obráis en las almas! *M. VI, 2.*

¿Qué hacéis Vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder para seguimos por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudárosela á llevar y á no dejaros solo con ella? *V. 11.*

¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿A dónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en Vos? ¿Qué disbarate huir de la luz para andar siempre tropezando? ¿Qué humildad tan soberbia apartarme de estar arrimada á la columna y báculo que me ha de sustentar para no dar tan gran caída? *V. 19.*

¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado! *C. de A. 1.*

Dadme Vos luz y haced que desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado á Vos. *C. 22.*

¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí todos los bienes sino de Vos? *V. 22.*

Los ojos en Vos, y no haya miedo se ponga este sol de justicia ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no os dejamos á Vos. *V. 35.*

¡Ah, Señor mío, aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada: por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado! Dadle luz para que vea cómo está en esto todo su bien. *M. II, 1.*

¡Oh, Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal que, como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aún no sabemos preguntar á los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar. *M. IV, 1.*

¡Oh, Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones! Y cómo de un alma que ya está determinada á amaros y dejada en vuestras manos no queréis otra cosa sino que obedezca, y se informe bien de lo que es más servicio vuestro, y eso desee; no ha menester ella buscar los caminos ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, Señor mío, tomáis ese cuidado de guiarla por donde más se aproveche..... y váis disponiendo el alma de manera que sin entender cómo..... nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento. *F. 5.*

¡Oh, Señor mío, qué gran regalo es este para mí que no deisades en querer tan ruin como el mío el cumplir vuestra voluntad! Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras, que vos Señor mío, quisiéredes. Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshon-

ras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió y disponed en mí como cosa nuestra conforme á vuestra voluntad. C. 55.

Hecha la tierra cielo, será posible, Señor, hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto y en tierra tan ruin como la mía, yo no sé, Señor, cómo sería posible. C. 54.

¡Bendito seáis para siempre y alábenos todas las cosas! Sea glorificado vuestro nombre por siempre. Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mis manos el cumplirse vuestra voluntad ú no. Ahora la mía os doy libremente, aunque ha tiempo que no va libre de intereses, porque ya tengo probado, y gran experiencia de ello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. C. 54.

No se sufre, Dios mío, ni querría yo lo sufriédeses que haya en vuestra sierva cosa que no contente á vuestros ojos.

¡Oh, Bondad de Dios, que todo ha de ser á vuestra costa! Sólo queréis la voluntad, y que no haya impedimento en *nosotros para hacer de nosotros lo que queráis*. M. V, 2.

Padre Santo que estás en los cielos, ya que lo queréis y lo acetáis..... alguien ha de haber que hable por vuestro Hijo..... No vayan adelante tan grandísimos males y desacatos como se hacen en los lugares adonde está *el Santísimo Sacramento*, que parece le quieren ya tornar á echar del mundo. Quitado de los Templos, perdidos tantos Sacerdotes, profanadas tantas Iglesias, aun entre los cristianos, que á las veces van allí más con intención de ofenderle que no de adorarle: ¿pues qué es esto, Señor? O dad fin al mundo, ú poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos.

Atajad este fuego, Señor; mirá que aún está en

el mundo vuestro Hijo. Por su acatamiento cesen cosas tan feas y sucias, pues su hermosura y limpieza no merece estar en casa á donde hay tan malos olores.

No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo porque no nos le dejar acá no os lo osamos pedir; pues El alcance de Vos que por este día de hoy que es lo que durare el mundo, le dejásedes acá y porque se acabaría todo, que si algo os aplaca es tener acá tal prenda. Pues algún medio ha de haber, Señor, póngale Vuestra Majestad, pues, si queréis podéis.

¡Oh, Señor, quién pudiera importunaros mucho y haberos servido en algo para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor; antes por ventura soy yo la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males. Pues qué he de hacer, Señor, sino presentaros este pan bendito, y aunque nos le distes, tornárosle á dar y suplicaros por sus méritos me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido. Ya, Señor, ya haced que se sosiegue este mar, no ande siempre en tempestades esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos. *C. 52.*

Oh, Señor mío. Como sois vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer, si os quieren. ¡Alábenos todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh quién diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan; vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer á quien os ama.

¡Oh, Señor mío! ¡Qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie sino á Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor á quien os ama para que el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor.

¡Oh, Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo,

Señor mío; mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo á Vos. Levántense contra mi todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios; no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis á quien en solo Vos confía. V. 25.

«Padre nuestro que estáis en los cielos»..... ¡Oh, Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dáis tanto junto á la primera palabra? Ya que os humilláis á Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros en lo que pedís y ser hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dáis en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos? Que vuestra palabra no puede faltar; háse de cumplir. Obligáisle á que la cumpla, que no es poca carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas; si nos tornamos á él como el hijo pródigo, hános de perdonar; hános de consolar en nuestros trabajos, como lo hace un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en él no puede haber sino todo el bien cumplido; hános de regalar; hános de sustentar, que tiene con qué, y después hacernos participantes y que heredemos con Vos.

Mirá, Señor mío, que ya que Vos con el amor que nos tenéis y con vuestra humildad no se os ponga nada delante; en fin, Señor, estáis en la tierra y vestido de ella, pues tenéis nuestra naturaleza, y la parte que tenéis parece os obliga á hacernos bien; mas mirá que vuestro Padre está en el cielo: Vos lo decís; es razón, Señor, que miréis por la honra; ya que estáis ofrecido de ser deshonorado por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obliguéis á tanto por gente tan ruín como yo que le ha de dar tan malas gracias, y otros también hay que no se las dan buenas.

¡Oh, buen Jesús! ¡Qué claro habéis mostrado ser una cosa con El y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío! ¡Qué cosa es el amor que nos tenéis! Habéis andado rodeando y encu-

briendo al demonio que sois Hijo de Dios, y con el grande deseo que tenéis de nuestro bien, no se os puso cosa delante por hacernos tan grandísima merced? ¿Quién la pudiera hacer si no vos, Señor?..... Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado, como hijo regalado, por Vos y por todos, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. *V. 43.*

¿No pudiérades, Señor mío, concluir con una palabra, y decir: Dadnos, Padre, lo que nos conviene? Pues á quien tan bien lo entiende todo me parece no era menester más. ¡Oh, sabiduría de los ángeles! Para vos y vuestro Padre esto bastaba, que así le pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad y temor, mas dejástelo en la suya; mas á nosotros conocéisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos como lo estábades Vos á la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas para que nos detuviésemos un poco en mirar siquiera si nos está bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mijor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca pensamos ser ricos. *C. 51.*

¡Oh, gran Dios! ¡Y cómo son diferentes vuestras palabras de las de los hombres! *F. 29.*

No tengo, Señor, que os dar para pedir os perdonéis mis deudas..... Nadie me ha hecho sinjusticia, y así no he tenido que perdonar por Vos..... Así, Padre mío, de balde me habéis de perdonar. Aquí cabe bien vuestra misericordia. Bendito seáis Vos, que tan pobre me hicistes. *C. 63.*

¡Oh, Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alábenos, Dios mío, todas las cosas, que así nos amastes de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza y mananidad; en fin, vuestra, Señor mío, que

dáis como quien sois. ¡Oh, largueza infinita, cuán maníficas son vuestras obras! *V. 18.*

¡Oh, válame Dios! ¡Y qué nonada son nuestros deseos para llegar á vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme á nuestro pedir fuese vuestro dar. *C. de A. 5.*

¡Oh, bondad y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras, sino los deseos y la voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre que una como yo hable á Su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. *V. 34.*

Perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada..... ¡Bienaventuradas las personas que os sirven, Señor, con obras grandes! Si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros; mas no valgo nada, Señor mío. Ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis. *V. 39.*

¡Oh, grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes cosas los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas; así, Dios mío, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quién, ni de recibir servicios á su costa? Plega á Vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga más cuenta que dar de lo mucho que he recibido. *Amén. F. 2.*

¡Oh, Grandeza y Majestad mía! ¡Qué hacéis, Señor mío todopoderoso! ¡Mirad á quien hacéis tan soberanas mercedes! No os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y plé-lago de vanidades, y todo por mi culpa; que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar de muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced, á quien tan mal os lo ha merecido? *V. 40.*

Bendito seáis Vos, Señor mío, que con tanta piedad nos lleváis, que parece olvidáis vuestra

grandeza para no castigar como sería razón traición tan traidora como ésta. *C. de A. 2.*

¡Oh, Jesús mío, quién pudiese dar á entender la Majestad con que acá os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que Vos criárades! *V. 28.*

Rey sois, Señor, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis, sino vuestro propio, no se acaba..... Aláboos y bendigoos, y todas las cosas os alaben por siempre, pues vuestro Reino durará para siempre. *C. 36.*

¡Oh, verdadero Rey, y qué razón tiene la Esposa de poneros este nombre! ¡Pues en un momento podéis dar riquezas, y ponerlas en un alma, que se gozan para siempre! *C. de A. 6.*

Oh, Rey de la gloria, señor de los Señores, Emperador de los emperadores, Santo de los santos, Poder sobre todos los poderes, Saber todos los saberes, la misma Sabiduría sois, Señor, la misma Verdad, la misma Riqueza; no dejaréis para siempre de reinar. *C. 36.*

¡Oh cuánto hinche este nombre, REY PODEROSO, y ver que no tiene superior, ni acabara su reinar para sin fin! *C. de A. 6.*

Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios en comparación del vuestro; y como quien es os tuviere contento, puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastéis al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran Majestad, y veo que queréis dar á entender á el alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad junto con la Divinidad. Aquí se representa bien, qué será el día del juicio ver esta Majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma, de ver su miseria que no la pueden inorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe *el alma* adonde se meter y así se deshace toda. *V. 28.*

¡Oh, Rey de gloria, y Señor de todos los Re-

yes, cómo no es vuestro reino armado de pali-
llos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester
terceros para hablar con Vos! Con mirar vues-
tra persona, se ve luego que sois sólo el que me-
recéis que os llamen Señor. Sigún la Majestad
mostráis, no es menester gente de acompaña-
miento, ni de guarda para que conozcan que
sois Rey..... V. 37.

¡Oh, Rey mío! ¡Quién supiera ahora represen-
tar la Majestad que tenéis? Es imposible dejar
de ver que sois *tan* grande Emperador en Vos
mismo, que espanta mirar esta Majestad. Más,
más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra
humildad, y el amor que mostráis á una como
yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos
como quisiéremos, perdido el primer espanto y
temor de nuestra Majestad, con quedar mayor
para no ofenderos, mas no por miedo del casti-
go, Señor mío, porque éste no se tiene en nada
en comparación de no perderos á Vos. V. 37.

Cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo, ¡qué
poco hacen todas las contradicciones! F. 3.

¡Oh, Señor mío! Mas si no encubriérades vues-
tra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces á
juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran
Majestad? Bendito seáis, Señor; alábenos todos
los ángeles y todas las criaturas, que así medís
las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando
de tan soberanas mercedes, no nos espante vues-
tro gran poder de manera que aún no las ose-
mos gozar, como gente flaca y miserable. V. 38.

¡Oh, Señor mío! ¿No me haríades merced que
hubiese muchos que así me amasen? Por cier-
to, Señor, de mejor gana lo procuraría que ser
amada de todos los Reyes y señores del mundo,
pues con razón nos procuran hacer tales, que
señoreemos el mismo mundo y que nos estén
sujetas todas las cosas del. C. 10.

Harta *majestad* traeis Vos, Señor mío, en el
Santísimo Sacramento, sino como los pecadores
no tienen fe viva, sino muerta, estos tales venos
tan humilde bajo especies de pan, no les habláis
nada, porque no lo merecen ellos oír, y así se
atreven tanto. C. de A. 1.

Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido, para que piense yo daros menos de lo que os suplican, sino mucho más; ni aborrecísteis, Señor de mi alma, cuando andábades por el mundo, las mujeres, antes las favoreciste siempre con mucha piedad y hallastes en ellas tanto amor. Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, Señor mío, ó dineros ó cosa que sepa á mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no habéis de oír, Padre Eterno, á quien perdería mil honras y vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no merecemos nada, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus méritos.

¡Oh, Padre Eterno! No son de olvidar tantos azotes y injurias y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros á Vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que quitan sus pbsadas y le deshacen las iglesias? ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! Mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre mío, que no tuvo casa donde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora las que tenía para convidar á sus amigos, por vernos flacos y saber que es menester, los que han de trabajar, se sustenten de tal manjar, se las quitan? ¿Ya no había pagado por el pecado de Adán bastantísimamente, Señor? Siempre que tornamos á pecar, ¿lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío; apláquese ya vuestra Majestad.

¿Qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado á su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentirle se quedara entre nosotros cada día á padecer? Por cierto ninguno, Señor, sino

el vuestro..... oh qué grande amor del Hijo y qué grande amor del Padre!

Mas vos, Padre Eterno, cómo lo consentis? Por qué queréis cada día ver en manos tan ruines á vuestro Hijo? Ya que una vez quisistes lo estuviese, y lo consentistes, véis cómo le paran? Cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas se deben hacer hoy á este Santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué de desacatos de estos herejes! *C. 58.*

No miréis á los pecados nuestros, sino á que nos redimió vuestro Santísimo Hijo, y á los méritos suyos y de vuestra Madre, y de tantos santos mártires como han muerto por Vos. ¡Ay dolor de mi Señor! ¿Y quién se ha atrevido á hacer esta petición en nombre de todas? Mas, mirá, Emperador mío, que ya sois Dios de misericordia. Habelda de esta pecadorcilla, gusanillo, que así se os atreve. Mirá, mi Señor, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y alistad mis obras por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden y favoreced vuestra Ilesia. No primitáis ya más daños en la cristiandad. Dad luz á estas tinieblas. *C. 4.*

¡Oh, Redentor mío! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben los que os fatiguen, á los que mejores obras hacéis los que más os deben; á los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos? *C. 1.*

¡Oh, Señor! ¡Qué son aquí las misericordias que usáis con el alma! ¡Seáis bendito y alabado para siempre, que tan buen amador sois! ¡Oh, Dios mío y Criador mío! ¿Es posible que hay nadie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y cómo soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¡Por qué no merecí conoceros? *C. de A. 5.*

Sed Vos, Bien mío, servido venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo. Ordenad vos, Señor, como fuéredes servido como esta vuestra sierva os

sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos; yo no soy para más de hablar, y así no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras, todo se va en palabras y deseos cuando he de servir, y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced mi alma y disponedla primero, Bien de todos los bienes y Jesús mío, y ordenad luego de modo que haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra sentir tanto y no pagar nada; cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos, tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada á Vos, subid á esta atalaya á donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré, que si os apartáis, por poco que sea, iré á donde estaba, que era á el infierno. V 21.

Pésame á mí, mi Dios, de ser tan ruin y tan poco en vuestro servicio; mas bien sé que está la falta en mí, de no me hacer las mercedes que á mis pasados. Lastímame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos. F. 4.

¡Oh, Jesús mío! ¡Qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis á dar la mano y la levantáis; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras y reconocer vuestras grandezas, aquí el no osar alzar los ojos, aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe, aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque, aquí invoca los santos que cayeron después de haberlos Vos llamado para que la ayuden, aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dáis, porque ve no merece la tierra que pisa, el acudir á los Sacramentos, la fe viva que aquí le queda de ver la virtud que

Dios en ellos puso, el alabaros porque dejastes tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan.

Espántase desto, y ¿quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida á traición tan fea y abominable? Que no se yo cómo no se me parte el corazón cuando escribo esto, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males y procurándoos deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentación en echar juicios, como me la ha dado á mí, pensando por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas que siempre os han servido y trabajado, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que á mí?

Bien vía yo, Bien mío, que les guardáis Vos el premio para dárselo presto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello y los tratáis como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos disculpando á las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era yo, Señor, después que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar; que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes á no solo darlos, sino á querer entendiesen me los dábades. *V. 19.*

Dios mío, pues sois la misma caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí de manera que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ameos yo, tesoro único y

cumplida gloria mía, sobre todo lo criado, y á mí en Vos, por Vos y para Vos y á mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas como quiero que me lleven las mías, y á todo lo que hay, fuera de Vos sólo en cuanto me ayudare á ir á Vos, gozándome como me gozo de que os améis perfectamente y de que os amen continuamente nuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto cara á cara, y los justos en esta vida conocido por lumbre de fe, teniéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su afición y amor. Quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores de el mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo de ayudar á que lo hagan así.

¡Oh, Señor mío y Bien mío!.... Que queráis vos, Señor, estar así con nosotros y estáis en el Sacramento que con tanta verdad se puede creer, pues lo es.... y con gran verdad podemos hacer esta comparación y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con vos, que vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres. ¡Oh, Señor mío! ¿Qué es esto? Siempre que oigo esta palabra, me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida.

¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue á que vos le hagáis mercedes semejantes y regalos y á entender vos os holgáis con ella, que os torne á ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que le tenéis que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Si hay por cierto y no una vez sino muchas, que soy yo; y plega á vuestra Bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad; y tenido tan ecesiva ingratitude; porque ya della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias.

¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar! Suplicoos yo, Dios mío, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan á los que las ven, y á mí me sacan de

mi muchas veces, para poder mijor alabaros á Vos.... que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mio, nada, sino..... que ésta miserable tierra tornase á servir de muladar como antes. No lo primitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, tantas veces la habéis tornado á rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. *V. 14.*

Habed lástima, mi Dios, de *mi alma*, ordenad *las cosas* de manera que pueda *yo* cumplir mis deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo *merezco*; y de *mi* bajo natural; poderoso sois vos, Señor, para que la gran mar se retire y el gran Jordán y dejen pasar los hijos de Israel; no la hayáis lástima que con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos; ella está determinada á ello, y los desea padecer; alargad, Señor, vuestro poderoso brazo; no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben á Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más á su causa, si tantas tuviera, y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir. *M. VI, 5.*

Bendito seáis Vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes; mas aláboos mucho porque despertáis á tantos que nos despierten. *V. 13.*

¡Oh, Señor mío! Dadme vuestro amor; no vaya yo de esta vida hasta que no quiera cosa de ella, sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte á poner este nombre en nadie, pues todo es falso. *C. 72.*

¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh, válgame Dios, y cómo fortalece la fe, se aumenta el amor! *V. 25.*

¡Oh, Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! Y andamos acá como unos

pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada, pues en nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, por lo mucho que hay en Vos, que no porque son muy grandes las grandezas que vemos, aun de lo que podemos alcanzar de vuestras obras. *M. IV, 2.*

¡Oh, Señor de mi alma y bien mío! ¿Por qué no quisiste que, en determinándose un alma á amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir á tener este amor perfecto? Mal he dicho: había de decir y quejarme, porque no queremos nosotras, pues toda la falta nuestra es no gozar luego de tan gran divinidad, pues en llegando á tener con perfección este amor verdadero de Dios, tray consigo todos los bienes. *V. 11.*

¿Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondáis. ¿Cómo se compadece esto con vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo yo, Señor, que si fuera posible poderme asconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriéades; mas estáis Vos conmigo y véisme siempre, no se sufre esto, Señor mío; suplícoos miréis que se hace agravio á quien tanto os ama. *V. 37.*

No había de querer vivir.... porque no vivo conforme á lo que os debo. ¿Con qué imperfecciones me veo! ¿Con qué flojedad en serviros! *V. 6.*

Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí. *V. 49.*

¿Qué es esto, Señor mío? ¿En tan peligrosa vida hemos de vivir? *V. 6.*

¡Oh, Dios mío, qué cosa es ver un alma que Vos queréis dejar que pene! *F. 3.*

¡Oh, Señor mío, qué cierto es á quien os hace un gran servicio pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese á entender su valor! *F.* 31.

¡Oh, válgame Dios, Señor, cómo apretáis á vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dáis después: bien es que lo mucho, cueste mucho. *M.* VI, 11.

¡Oh, artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Ascondíades os de mí, y apretábademe con vuestro amor con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir de ella. *V.* 29.

¡Oh, Jesús mío! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro y hacer un concierto con Su Majestad, que mire yo á mi amado y mi amado á mí, y mire El por mis cosas y yo por las suyas! No nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen. *C. de A.* 4.

¡Oh, Señor mío, que si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nadie de veros. Dáis mucho á los que se quieren fiar de Vos! *C.* 48.

¡Oh, Señor del mundo y verdadero Esposo mío! ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que quereis admitir una pobre compañía? Y veo en vuestro semblante que habéis olvidado vuestras penas conmigo. Pues ¿cómo, Señor, es posible que os dejan solo los ángeles y que no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, mi Bien, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por parecerme á Vos en algo. Juntos andamos, Señor, por donde fuisteis tengo de ir, por donde pasades he de pasar. *C.* 41.

¿Qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? ¿Y qué de ello, qué de ello, que de ello (y otras mil veces lo puedo decir), me falta para esto? *V.* 39.

¡Oh, Criador y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dinidad, que parece habéis anda-

do rodeado como os llegar más á nosotras? *C. 12.*

¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No primitáis, Señor, sea yo más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. *V. 30.*

¡Oh, Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos! Que si no mirásemos otra cosa sino el camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropezones, y erramos el camino por no poner los ojos en el verdadero Camino. *C. 17.*

¿Rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle estando tan cerca de nosotros? *C. 49.*

¡Oh, benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado como los de mi alma! Queden ya, Señor, los destamía acostumbrados en no mirar cosas bajas ni que les contente ninguna fuera de Vos. ¡Oh, ingratitud de los mortales, ¿hasta cuándo ha de llegar? *V. 27.*

¡Oh, Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor, porque éste tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto sino á Vos! *V. 14.*

Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor y la tierra con el cielo? *V. 15.*

¡Oh, Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor, tras estas almas se había de andar si pudiese. ¡Oh, gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezca entender. *M. VII, 1.*

Gran cosa es á un enfermo hallar á otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan á padecer y á merecer. ¡Oh, miserable mundo!, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí que no vean los tesoros que tenemos en el Santísimo Sacramento, con que podrían granjear riquezas perpetuas! ¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! ¿Que

es posible que aun estando en esta vida mortal se pueda gozar de Vos con tan particular amistad? ¿Y que tan á las claras lo diga el Espíritu Santo y que no lo queramos entender que son los regalos con que tratáis las almas? ¡Qué requiebros! ¡Qué suavidades! ¡Que había de bastar una palabra destas á deshacernos en Vos!

Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué maneras, por qué de modos nos mostráis el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias y perdonando, y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que no sé cómo se pueden sufrir si Vos no ayudáis para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme á nuestra flaqueza.

Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida sino que me beséis con beso de vuestra boca, y que sea de manera que, aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad á no salir de la vuestra. *C. de A. 3.*

El beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas.... Y, Señor mío, si significa paz y amistad, ¿por qué no os pedirán las almas que la tengáis con ellas? Qué mejor cosa podemos pedir que lo que yo os pido, Señor mío, que me déis esta paz con beso de vuestra boca. *C. de A. 1.*

Oh, dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo. *C. de A. 3.*

Béseme con beso de su boca, ¡oh, Señor mío y Dios mío! ¿Y qué palabras son estas para que las diga un gusano á su Criador? ¿Quién osara, Rey mío, decir esta palabra si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta y así espantará decir yo que la diga nadie.... Mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere sino decir estas palabras, sí, que no se lo quita el Señor. ¡Válame Dios! ¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? *C. de A. 1.*

¡Oh, Jesús mío! ¡Quién pudiese dar á entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con Su Majestad que mire yo á mi Amado, y mi Amado á mí, y mire El por mis cosas y yo por las suyas.....! Torno á decir, Dios mío, y á suplicaros por la sangre de nuestro Hijo, que me hagáis esta merced, *béseme con beso de su boca*, que sin Vos, qué soy yo, Señor? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvíó un poquito de Vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar?

¡Oh, Señor mío, y misericordia mía, y bien mío, y qué mejor quiero yo en ésta que estar tan junto á Vos, que no haya división entre Vos y mi? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme? Que culparme muy mucho por lo que no os sirvo. Y ansí os suplico con San Agustín, con toda determinación, que me déis lo que mandades, y mandadme lo que quisiere; no volveré las espaldas jamás con vuestro favor y ayuda.

Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí venistes al mundo, por mí pasastes tan grandes trabajos, por mí sufristes tantos azotes, por mí os quedastes en el Santísimo Sacramento, y ahora me hacéis tan grandísimos regalos. ¿Pues qué puedo hacer por Vos? ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? Perder las mercedes que me habéis hecho. ¿Qué se podía esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro favor haga algo, mirá que puede hacer un gusanillo; ¿para qué le ha menester un poderoso Dios?

¡Oh, Amor! Que en muchas partes querría decir esta palabra, porque sólo El es quien se puede atrever á decir con la Esposa. ¡Yo ame á mi amado! El nos da licencia para que pensemos que El tiene necesidad de nosotras, éste verdadero Amador, Esposo y Bien mío. Pues nos da licencia tornemos, hijas, á decir: Mi Amado á mí, y yo á mi Amado. ¡Vos á mi, Señor! Puessi Vos venís á mí, ¿en qué dudo que puedo mucho ser-

viros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar sólo en qué os puedo servir, y no tener voluntad sino la vuestra. Mas mi poder no es poderoso. Vos sois el poderoso, Dios mío. En lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra. C. 5.

¡Oh, Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar esta paz del alma! Dios mío, pues véis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y á los que la habéis dado, no se la quitéis, por vuestra misericordia. C. 5.

¡Oh, Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar á entender qué dáis á los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan á este estado *de arrobamientos* y se quedan consigo mismos! No queráis Vos esto, Señor; pues más que esto hacéis Vos, que os venís á una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. V. 22.

Hasta que les déis la verdadera y las llevéis á donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. M. VII, 3.

Bendito seáis por siempre, Señor. Alábenos todas las criaturas por siempre. Quered ahora, Rey mío, que todos los que yo tratare estén locos de vuestro amor: no primitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga yo cuenta en cosa del mundo ú me sacad de él. No puede ya, Dios mío, esta vuestra s^{er}va sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen; que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis Vos, querría ya esta alma verse libre; el comer la mata; el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos, que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí sino en Vos.

Oh verdadero Señor y gloria mía; qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado: delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre

della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda no os ha servido en nada, y que vi- viendo os puede servir, querría carga muy más pesada y nunca hasta el fin del mundo morirse; no tiene en nada su descanso, á trueque de ha- ceros un pequeño servicio; no sabe qué desee; más bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos. V. 16.

¡Oh, Señor! Si una palabra enviada á decir con un paje vuestro (en esta morada no las dice el Señor, sino algún ángel) tiene tanta fuerza, ¿qué tal la dejaréis en el alma que está atada por amor con Vos, y Vos con ella? M. VI, 3.

¡Oh, Señor mio, y quién se viese tan engolfado en esta agua viva *del divino amor*, que se le acabase la vida! Tanto puede crecer el amor y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el fuego natural, y así ha habido personas que han muerto. C. 30.

Sea bendito el que vive para siempre y vivirá. Amén.

ORACIÓN DE SANTA TERESA

Dios mio, pues sois la misma Caridad y amor, haced que esta virtud se perfeccione en mí de manera, que su fuego consuma todos los resabios de mi amor propio. Ameos yo, tesoro único y cumplida gloria mía, sobre todo lo criado, y á mí en Vos, por Vos y para Vos, y á mi prójimo de la misma manera, llevando sus cargas, como quiero que me lleven las mías, y á todo lo que hay fuera de vos, sólo en cuanto me ayudare á ir á Vos, gozándome, como me gozo, de que os améis perfectamente y de que os amen continua- mente vuestros ángeles y bienaventurados en la gloria, corrido el velo y visto á la clara, y los justos en esta vida, conocido por lumbre y fe, teniéndoos por único y sumo bien, fin y centro de su afición y amor. Quisiera yo que todos los imperfectos y pecadores de el mundo hicieran lo mismo. Con vuestro favor tengo de ayudar á que lo hagan así.

CAPÍTULO III

Composiciones poéticas de Santa Teresa de Jesús

I

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

GLOSA

Aquesta divina unión
Del amor, con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para me' or á El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á El solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí
¿Qué vida puedo tener
Si no muerte padecer,
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aún de alivio no carece,
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:

Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios, cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero!

II

Vivo ya fuera de mí
Después que muero de amor,
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazón le dí
Puso en mí este letrero,
Que muero porque no muero.

Esta divina unión,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á mi Dios mi cautivo,
Y libre mi corazón,

Y causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros
En que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta;
Porque muriendo, ¿qué resta,
Sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que así te requiero,
Que muero porque no muero.

III

*Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

GLOSA

Vea quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines:
Flor de serafines,
Jesús Nazareno,
*Véante mis ojos,
Muérame yo luego.*

No quiero contento,
Mi Jesús ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente;

Sólo me sustente
Tu amor y deseo,
¡éante mis ojos,
Dulce Jesús bueno;
¡éante mis ojos,
Muérame yo luego.

IV

Alma, buscarte has en Mí,
Y á Mí buscarme has en tí.

De tal suerte pudo amor
Alma en mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada,
Hermosa, bella, y así
En mis entrañas pintada,
Si te perdieras, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves, te holgarás
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Donde me hallarás á *Mí*,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A Mí, buscarte has en tí.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento,
Estar la puerta cerrada.

Fuera de tí no hay buscarme
Porque para hallarme á *Mí*,

Bastara sólo llamarme,
Que á tí iré sin tardarme,
Y á Mí buscarme has en tí.

V

¡Oh hermosura, que excedéis
A todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas.

Oh, ñudo que ansí juntáis
Dos cosas tan desiguales,
No sé por qué os desatáis,
Pues atado fuerza dáis
A tener por bien los males.

Quien no tiene ser juntáis
Con el Sér que no se acaba;
Sin acabar acabáis;
Sin tener que amar amáis;
Engrandecéis vuestra nada.

VI

*Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Quando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída;
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
Enherbolada de amor,

Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
Y mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.

VII

Dichoso el corazón enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
Por El renuncia todo lo criado;
Y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso
Las ondas deste mar tempestuoso.

VIII

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?

Alma, ¿qué quieres de mí?
—Dios mío, no más que verte.
—Y ¿qué temes más de tí?
—Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe, os pido,
Dios mío, mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.

Un alma en Dios escondida,
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y más amar,
Y en amor toda encendida
Tornarte de nuevo á amar?

XXVI

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance
Sale triunfante del lance,
Obrando grandes hazañas.

XXVII

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?*

*Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena á el alma mía;
Dios, un ser, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así.
¿Qué queréis, Señor, de mí?*

*Vuestra soy, pues me criastes,
Vuestra, pues me redimistes,
Vuestra, pues que me sufristes,
Vuestra, pues que me llamastes,
Vuestra, pues me conservastes,
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué queréis hacer de mí?*

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
Que haga un tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
A este esclavo pecador?
Véisme aquí, mi dulce amor,
Amor dulce, véis aquí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Véis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud ó enfermedad,
Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Dadme riqueza ó pobreza,
Dad consuelo ó desconsuelo,
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno ó dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme ceguedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad,
Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí;
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
Ó por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia,
O de hambre ó carestía;

Dad tiniebla ó claro día,
Revolvedme aquí ó allí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
Por amor quiero holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo ó cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea yo viña fructuosa,
O estéril, si cumple así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas
O de Egipto Adelantado,
Sea David sufriendo penas,
O David ya encumbrado,
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí.
¿Qué mandáis, Señor, de mí?

Esté callando ó hablando,
Haga fruto ó no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando ó gozando,
Solo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

XI

*Cruz, descanso sabroso de mi vida,
Vos seáis la bienvenida.*

Oh, bandera, en cuyo amparo
El más flaco será fuerte!

Oh, vida de nuestra muerte,
Qué bien la has resucitado!
Al león has amansado,
Pues por tí perdió la vida,
Vos seáis la bienvenida.

Quien no os ama está cautivo
Y ajeno de libertad;
Quien á Vos quiere llegar
No tendrá en nada desvío.
Oh dichoso poderío,
Donde el mal no halla cabida!
Vos seáis la bienvenida.

Vos fuísteis la libertad
De nuestro gran cautiverio;
Por Vos se reparó el mal
Con tan costoso remedio;
Para con Dios fuísteis medio
De *nuestra alegría cumplida*
Vos seáis la bienovenida.

XII

Nada te turbe;
Nada te espante;
Todo se pasa;
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien á Dios tiene
Nada le falta;
Sólo Dios basta.

XIII

*Pues que nuestro Esposo
Nos quiere en prisión,
A la gala gala
De la Religión.*

Oh, qué ricas bodas
Ordenó Jesús;

Quiérenos á todas
Y danos la luz;
Sigamos la Cruz,
Con gran perfección;
A la gala gala
De la Religión.

Este es el estado
De Dios escogido,
Con que del pecado
Nos ha defendido;
Hanos prometido
La consolación,
Si nos alegramos
En esta prisión.

Darnos ha grandezas
En la eterna gloria,
Si por sus riquezas
Dejamos la escoria,
Que hay en este mundo,
Y su perdición;
A la gala gala
De la Religión.

Oh, qué captiverio
De gran libertad,
Venturosa vida
Para eternidad;
No quiero librar
Ya mi corazón;
A la gala gala
De la Religión.

XIV

Caminemos para el cielo,
Monjas del Carmelo.

Vamos muy mortificadas,
Humildes y despreciadas,
Dejando el consuelo,
Monjas del Carmelo.

Al voto de la obediencia
Vamos, no haya resistencia,
Que es nuestro blanco y consuelo,
Monjas del Carmelo.

La pobreza es el camino,
El mismo por donde vino
Nuestro Emperador del cielo,
Monjas del Carmelo.

No deja de nos amar
Nuestro Dios, y nos llamar;
Sigámosle sin recelo,
Monjas del Carmelo.

Vámonos á enriquecer,
A donde nunca ha de haber
Pobreza ni desconsuelo,
Monjas del Carmelo.

Al Padre Elías siguiendo,
Nos vamos contradiciendo
Con su fortaleza y celo,
Monjas del Carmelo.

Nuestro querer renunciado,
Procuremos el doblado
Espíritu de Eliseo,
Monjas del Carmelo.

XV

Á SANTA CATALINA MÁRTIR

Oh, gran amadora
Del eterno Dios,
Estrella luciente,
Amparadnos vos.

Desde tierna edad
Tomastes Esposo,
Fué tanto el amor,
Que no os dió reposo:

Quien es temeroso,
No se llegue á vos,
Si estima la vida
Y el morir por Dios.

Mirad los cobardes
Aquesta doncella,
Que no estima el oro
Ni verse tan bella;
Metida en la guerra
De persecución,
Para padecer
Con gran corazón.

Mas pena le da
Vivir sin su Esposo,
Y así en los tormentos
Hallaba reposo:
Todo le es gozoso,
Quiere ya morir,
Pues que con la vida
No puede vivir.

Las que pretendemos
Gozar de su gozo,
Nunca nos cansemos,
Por hallar reposo.
¡Oh, engaño engañoso,
Y que sin amor,
Es querer sanar,
Viviendo, el dolor.

XVI

Á SAN ANDRÉS

*Si el padecer con amor
Puede dar tan gran deleite,
¡Qué gozo nos dará el verte!*

¡Qué será cuando veamos
A la eterna Majestad?
Pues de ver Andrés la cruz
Se pudo tanto alegrar.

¡Oh, que no puede faltar
En el padecer deleite!
¡Qué gozo nos dará el verte!

El amor cuando es crecido
No puede estar sin obrar,
Ni el fuerte sin pelear,
Por amor de su Querido.

Con esto le habrá vencido,
Y querrá que en todo acierte,
¡Qué gozo nos dará el verte!

Pues todos temen la muerte
Como te es dulce el morir;
Oh, que voy para vivir
En más encumbrada suerte.

¡Oh, mi Dios! que con tu muerte
Al más flaco hiciste fuerte:
¡Qué gozo nos dará el verte!

¡Oh, Cruz! Madero precioso,
Lleno de gran majestad,
Pues siendo de despreciar
Tomaste á Dios por esposo.

A tí vengo muy gozoso,
Sin merecer el quererte:
¡Esme muy gran gozo el verte!

XVII

Á SAN HILARIÓN

*Hoy ha vencido un guerrero
Al mundo y sus valedores.
—Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Sigamos la soledad,
Y no queremos morir,
Hasta ganar el vivir
En tan subida pobreza.

¡Oh, qué grande es la destreza
De aqueste nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Con armas de penitencia
Ha vencido á Lucifer;
Combate con la paciencia;
Ya no tiene que temer.
Todos podemos valer
Signiando este caballero.
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

No ha tenido valedores,
Abrazóse con la Cruz;
Siempre en ella hallamos luz,
Pues la dió á los pecadores.
¡Oh, qué dichosos amores
Tuvo este nuestro guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*

Ya ha ganado la corona,
Y se acabó el padecer,
Gozando ya el merecer,
Con muy encumbrada gloria.
¡Oh, venturosa victoria
De nuestro fuerte guerrero!
*Vuelta, vuelta, pecadores,
Sigamos este sendero.*



APÉNDICE

Avisos de la Santa Madre Teresa de Jesús para sus monjas



A tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: así el entendimiento del hombre.

De todas las cosas espirituales decir bien, como de religiosos, sacerdotes y ermitaños.

Entre muchos, siempre hablar poco.

Ser modesta en todas las cosas que hiciere y tratar.

Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco.

Hablar á todos con alegría moderada.

De ninguna cosa hacer burla.

Nunca reprender á nadie sin discreción, sino con humildad y confusión de sí mesma.

Acomodarse á la complexión de aquel con quien trata; con el alegre, alegre; y con el triste, triste; en fin, hacerse todo á todos para ganarlos á todos.

Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor para que no hable cosa que le desagrade.

Jamas excusarse sino en muy probable causa.

Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entonces sea con humildad y con consideración que aquellos dones son de la mano de Dios.

Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente.

En todas las pláticas y conversaciones siempre

mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

Nunca afirme cosa sin saberla primero.

Nunca se entrometa á dar su parecer en todas las cosas, si no se lo piden ó la caridad lo demanda.

Cuando alguno hablare cosas espirituales, óyalas con humildad y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

A tu superior y confesor descubre todas tus tentaciones é imperfecciones y repugnancias, para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y á la salida pedir favor á Dios para no ofenderle.

No comer ni beber, sino á las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias á Dios.

Hacer todas las cosas como si realmente estuviese viendo á Su Majestad, y por esta vía gana mucho un alma.

Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de tí mesma; y cuando holgares desto, vas bien aprovechando.

Cada obra que hicieres, dirígela á Dios, ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra y gloria.

Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera á Cristo Nuestro Señor, y así le tendrás respeto y reverencia.

Está siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandase Jesucristo, en tu Prior ó Prelado.

En cualquier obra y hora, examina tu conciencia; y vistas tus faltas, procura la enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzarás la perfección.

No pienses faltas ajenas, sino las virtudes y tus propias faltas.

Andar siempre con grandes deseos de padecer siempre por Cristo en cada cosa y ocasión.

Haga cada día cincuenta ofrecimientos á Dios de sí, y esto haga con grande fervor y deseo de Dios.

Lo que medita por la mañana, traiga presente todo el día; y en esto ponga mucha diligencia, porque hay gran provecho.

Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare; y ponga por obra los deseos que en la oración le diere.

Huya siempre la singularidad, cuanto le fuere posible, que es mal grande á la comunidad.

Las ordenanzas y regla de su religión, léalas muchas veces, y guárdelas de veras.

En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe.

Despegue el corazón de todas las cosas, y busque y hallará á Dios.

Nunca muestre devoción de fuera, que no haya dentro; pero bien podrá encubrir la indevoción.

La devoción interior no la muestre, sino con grande necesidad; mi secreto para mí, dicen San Francisco y San Bernardo.

De la comida, si está bien ó mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

En la mesa no hable á nadie, ni levante los ojos á mirar á otra.

Considerar la mesa del cielo, y el manjar della, que es Dios, y los convidados, que son los Angeles; alce los ojos á aquella mesa, deseando verse en ella.

Delante de su superior (en el cual debe mirar á Jesucristo) nunca hable, sino lo necesario, y con gran reverencia.

Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos.

No hagas comparación de uno á otro, porque es cosa odiosa.

Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega á Dios por quien te reprendió.

Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario mandó otro, sino piensa que to-

dos tienen santos fines; obedece á lo que te manda.

En cosas que no le va ni le viene, no sea curiosa en hablarlas ni preguntarlas.

Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

Lo que dicen los de casa haga siempre, si no es contra la obediencia, y respondales con humildad y blandura.

Cosa particular de comida, ó vestido, no la pida, sino con grande necesidad.

Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas cosas.

Use siempre á hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

Hagan actos de todas las demás virtudes.

Otrezca todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su Hijo Jesucristo.

Con todos sea mansa, y consigo rigurosa.

En las fiestas de los Santos piense sus virtudes y pida al Señor se las dé.

Con el examen de cada noche tengan gran cuidado.

El día que comulgare, la oración sea ver que siendo tan miserable ha de recibir á Dios, y la oración de la noche, de que le ha recibido.

Nunca siendo superior reprenda á nadie con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprensión.

Procure mucho la perfección y devoción, y con ellas hacer todas las cosas.

Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae al alma compungida y humillada.

Mirad bien cuan presto se mudan las personas y cuán poco hay que fiar dellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda.

Las cosas de su alma procure tratar con su confesor espiritual y docto á quien las comunique y siga en todo.

Cada vez que comulgare, pida á Dios algún don por la gran misericordia con que ha venido á su pobre alma.

Aunque tenga muchos Santos por abogados, séalo en particular de San Josef, que alcanza mucho de Dios.

En tiempo de tristeza y turbación no dejes las buenas obras que solías hacer de oración y penitencia, porque el demonio procura inquietarte porque las dejes; antes tengas más que solías, y verás cuán presto el Señor te favorece.

Tus tentaciones é imperfecciones no comuniqués con las más desaprovechadas de casa, que harás daño á tí y á las otras, sino con las más perfectas.

Acuérdate que no tienes más de una alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve y una que es particular, ni hay más de una gloria, y ésta eterna, y darás de mano á muchas cosas.

Tu deseo sea de ver á Dios, tu temor si le has de perder, tu dolor que no le gozas, y tu gozo es lo que te puede llevar allá y vivirás con gran paz.—Deo gratias.

The first thing which strikes the eye in the
 study of the history of the English people is
 the fact that the English people have always
 been a free people. They have never been
 conquered by any foreign power, and they
 have always maintained their independence.
 This is due to the fact that the English
 people have always been a brave and
 hardy people. They have always been
 ready to defend their freedom, and they
 have always been successful in doing so.
 This is the reason why the English people
 have always been a free people. They
 have always been a brave and hardy
 people, and they have always been
 ready to defend their freedom.

The second thing which strikes the eye is
 the fact that the English people have
 always been a free people. They have
 never been conquered by any foreign
 power, and they have always
 maintained their independence. This is
 due to the fact that the English
 people have always been a brave and
 hardy people. They have always been
 ready to defend their freedom, and
 they have always been successful in
 doing so. This is the reason why the
 English people have always been a
 free people. They have always been
 a brave and hardy people, and they
 have always been ready to defend
 their freedom.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	III
Compendio de la vida de Santa Teresa....	IX
Explicación de las abreviaturas.....	XXIX
Oración de la Iglesia á Santa Teresa de Jesús.....	XXXI

ESPÍRITU DE SANTA TERESA DE JESÚS

<i>Introducción</i>	1
---------------------------	---

PARTE PRIMERA

IDEA Ó RETRATO MORAL DE SANTA TERESA DE JESÚS

CAP. I.—Rasgos principales de la vida, vir- tudes y carácter de Santa Teresa sacados de sus propios escritos.....	5
Muerte de Santa Teresa.....	37
CAP. II.—Descripción de la fisonomía y ca- rácter moral de Santa Teresa hecha por algunos varones <i>insignes</i> que la conocie- ron y trataron	39
CAP. III.—Sobre algunas personas emi- nentes en santidad que trataron con San- ta Teresa de Jesús	43
San Pedro de Alcántara	43
San Juan de la Cruz.....	45
P. Jerónimo Gracián.....	46
Un Padre Dominicó.....	47
D. Francisco Salcedo.....	48
San Francisco de Borja, el P. Baltasar Al- varez y otros Padres de la Compañía ...	49

PARTE SEGUNDA

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SANTA
TERESA DE JESÚS

	<u>Págs.</u>
CAP. I.—Dios: sus grandezas y perfecciones.....	61
CAP. II.—De la bondad y providencia de Dios	63
CAP. III.—De la fe en Dios.....	65
CAP. IV.—De la confianza en Dios.....	67
CAP. V.—De la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios	69
CAP. VI.—Del amor de Dios.....	71
CAP. VII.—Del temor de Dios.....	77
CAP. VIII.—Del fin del hombre, que es servir á Dios.....	79
CAP. IX.—Del pecado como ofensa de Dios.	82
CAP. X.—De la gracia divina.....	85
CAP. XI.—Del alma humana y de su dignidad y excelencia	88
CAP. XII.—Del conocimiento propio.....	89
CAP. XIII.—De la sinceridad y libertad de espíritu	92
CAP. XIV.—De la voluntad como principio del bien morir.....	96
CAP. XV.—De la vanidad del mundo.....	99
CAP. XVI.—De la falsa honra del mundo .	104
CAP. XVII.—De las miserias de la vida...	108
CAP. XVIII.—Del ejercicio de la voluntad.	112
CAP. XIX.—De cómo Dios ayuda al que practica la virtud.....	114
CAP. XX.—Del adelantamiento en las virtudes.....	116
CAP. XXI.—Del premio de la virtud.....	119
CAP. XXII.—De los peligros á que está expuesta la virtud.....	121
CAP. XXIII.—De las tentaciones	124
CAP. XXIV.—Del remedio en las tentaciones.....	129
CAP. XXV.—De los trabajos y tribulaciones.....	132

CAP. XXVI.—De la mortificación y paciencia en los trabajos.....	136
CAP. XXVII.—De la virtud de la humildad	141
CAP. XXVIII.—De la presencia de Dios en el alma.....	148
CAP. XXIX.—De la necesidad de la oración	150
CAP. XXX.—De la atención en la oración.	154
CAP. XXXI.—De la oración mental.....	156
CAP. XXXII.—De la oración vocal.....	160
CAP. XXXIII.—De la oración de petición.	162
CAP. XXXIV.—De los regalos de Dios en la oración.....*	164
CAP. XXXV.—De varios modos de oración	170
CAP. XXXVI.—De la oración de recogimiento.....	177
CAP. XXXVII.—De la oración de quietud.	180
CAP. XXXVIII.—De la oración de unión.	182
CAP. XXXIX.—De la contemplación.....	186
CAP. XL.—De las hablas interiores.....	188
CAP. XLI.—Del don de lágrimas.....	190
CAP. XLII.—De la visión intelectual.....	191
CAP. XLIII.—Del arrobamiento....	193
CAP. XLIV.—Del éxtasis.....	195
CAP. XLV.—Del desposorio del alma.....	196
CAP. XLVI.—De la devoción á la santa Humanidad de Cristo.....	199
CAP. XLVII.—De la imitación á la santa Humanidad de Cristo.....	204
CAP. XLVIII.—De la santa Humanidad de Cristo en el Sacramento de la Eucaristía.....	207
CAP. XLIX.—De la devoción á la Virgen Santísima y á San José.....	212
CAP. L.—Del celo de las almas.....	214
CAP. LI.—De la tibieza en servir á Dios y de sus peligros.....	217
CAP. LII.—De la caridad con el prójimo..	223
CAP. LIII.—Del perdón de las injurias....	225
CAP. LIV.—Del amor espiritual.....	226
CAP. LV.—Del desasimiento de si y de las criaturas.....	229
CAP. LVI.—Del peligro de las amistades particulares.....	232

	Págs.
CAP. LVII.—De la discreción.....	234
CAP. LVIII.—De las enfermedades.....	237
CAP. LIX.—Del interés y vano señorío del mundo	239
CAP. LX.—De la condición especial de las mujeres.....	241
CAP. LXI.—Del buen ejemplo.....	245
CAP. LXII.—De la educación cristiana ...	247
CAP. LXIII.—Del estado religioso.....	248
CAP. LXIV.—De la pobreza religiosa.....	253
CAP. LXV.—De la virtud de la obediencia.	258
CAP. LXVI.—De los Prelados.....	261
CAP. LXVII.—De la dirección espiritual..	264
CAP. LXVIII.—De la disciplina regular..	267
CAP. LXIX.—De las ventajas del saber en cosas espirituales	270
CAP. LXX.—De la muerte.....	275
CAP. LXXI.—Del infierno.....	277
CAP. LXXII.—De la gloria.....	281

PARTE TERCERA

EXCLAMACIONES, ASPIRACIONES Y AFECTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

CAP. I.—Exclamaciones.....	284
CAP. II.—Aspiraciones y afectos.....	306
Oración de Santa Teresa.....	332
CAP. III.—Composiciones poéticas de Santa Teresa de Jesús.....	333

APÉNDICE

Avisos de la Santa Madre Teresa de Jesús para sus monjas.....	349
---	-----

HISTORIA

DE LA

PASION DE JESUCRISTO

ESCRITA POR
DON MIGUEL MIR

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Forma esta obra un elegante tomo de 640 páginas en 8.º, impreso en hermoso papel, adornado con fotograbados que representan paisajes y antigüedades de Palestina, y encuadernado en tela á la inglesa.

Los pedidos se harán al Administrador de las obras del mismo autor, Sr. Torrontegui, General Castaños, 3 y 5.—Madrid.

Está de venta en las librerías de Hernández, Del Amo, Fe, Murillo, Jubera, Ruiz, Agnado, Perdiguero, Sánchez, Lezcano, San Martín, Suárez, López, Guijarro, Salón del *Heraldo*, Mr. Garnier, París, y demás principales de Madrid y provincias.

PRECIO: 6 PESETAS

Tomando de 25 ejemplares en adelante se hace á los librereros la rebaja del 25 por 100; tomando menos, la del 20.

Las personas de fuera de Madrid pueden adquirirlo enviando su importe á dichos librereros, como también á los Administradores del *Correo Español*, *Semana Católica*, *España Moderna* y otros periódicos católicos, añadiendo una peseta más si quieren recibirlo certificado.

Hay ejemplares de papel superior y encuadernados con lujo, cuyo precio es de 20, 25 y 30 pesetas, según la clase de la encuadernación. Son muy á propósito para regalos y obsequios.

Carta del Emmo. Sr. Cardenal Mariano Rampolla, Secretario de Estado de Su Santidad el Papa León XIII, á D. Miguel Mir, autor de la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO.

Han llegado á mis manos dos ejemplares de la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO que acaba V. de

publicar, uno de los cuales, según me lo pedía V. en su carta, lo presenté á Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, expresándole de su parte los sentimientos de respeto y rendida voluntad que abriga usted para con su Sagrada Persona. Recibió Su Santidad con agrado este obsequio, principalmente por tratarse en él un asunto muy apropiado á fomentar la piedad de los fieles. Así, al par que le da á V. las gracias por ello y le envía su bendición, ruega á la Divina Majestad que le conceda fuerzas y salud para poder escribir otras obras que sean de igual utilidad para el público en general. Por mi parte, no sólo le agradezco á V. cordialmente el ejemplar que ha sido servido destinarme, sino que me congratulo de que su obra resplandezca con aquella pureza de lenguaje castellano y con aquella forma y arte nobilísimo de estilo que, al par que ponen de manifiesto la excelente cultura literaria de V., son nuevo y clarísimo argumento de que en el día de hoy hay también eclesiásticos cuyas obras se recomiendan por su mérito artístico y por su elegancia y hermosura de estilo. Y tanto más me agrada esta cualidad y ornamento del libro de V. cuanto que espero que esa belleza de lenguaje será para muchos incentivo muy eficaz para leer una obra que está destinada á producir frutos de salud tanto más copiosos cuanto mayor sea el número de las personas que la lean y estudien.

Entretanto, muy Reverendo Señor, me complazco en manifestarle á V. los sentimientos de sincera estimación con que soy su afectísimo, MARIANO CARDENAL RAMPOLLA.—Roma 5 de Mayo de 1893.—(*Sobrescrito.*) *Al muy Reverendo Sr. D. Miguel Mir.—Madrid.*

LA HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO, escrita por el presbítero D. Miguel Mir, de nuestra Orden, ha sido leída y examinada, y según la censura nada contiene que sea contrario al dogma católico y sana moral.—(*El Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá en la licencia que dió para que se pudiese imprimir la HISTORIA DE LA PASIÓN.*)

Recomendar esta obra, sobre todo desde este *Boletín*, fuera ocioso, pues no hay en Mallorca quien

desconozca las brillantes cualidades de escritor del sabio y virtuoso sacerdote D. Miguel Mir, honra de esta isla, que le distingue como uno de sus más preclaros hijos. Si no contara el Sr. Mir con títulos valiosos para ocupar el sillón de la Academia Española, bastaría el ser autor de la obra que anunciamos para conquistarse uno de los primeros lugares en aquella docta corporación.—(*Boletín oficial eclesiástico del Obispado de Mallorca.*)

Aunque el asunto de este libro es el más tratado y estudiado por los escritores ascéticos, el plan y la manera como se desenvuelve en la HISTORIA DE LA PASIÓN SON completamente nuevos, y seguramente han de llamar la atención de cuantos la lean.—(*Semana Católica.*)

La obra reciente del sabio presbítero está escrita con igual galanura y pureza de estilo que todas sus anteriores producciones. El ideal artístico á que tiende el escritor mallorquín es la serena belleza clásica, exornada únicamente con honesta magnificencia, jamás alterada por agitado movimiento de entusiasmos, ni por cambios bruscos de color en el estilo ó de empuje en la dicción. Las cláusulas del libro del señor Mir brotan de su pluma con augusta uniformidad; todas resplandecen con la misma brillantez del mármol; están entretejidas con frase limpia y castiza, y cinceladas y bruñidas con exquisito refinamiento. La HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO no está llamada á perecer en el naufragio común de cuanto nace de caprichos efímeros y de modas artísticas; vivirá para coronamiento de la gloria de su autor y para ostentación magnífica de que aun en tiempos tan contrarios á la piedad y al arte más levantado, se han escrito páginas dignas de nacer en el apogeo de nuestro arte y de ser rubricadas por los excelsos maestros pertenecientes al siglo de oro.—(*La Ciudad de Dios.*)

Debido á la pluma del sabio académico D. Miguel Mir, dicho está que este libro debía estar bien escrito, y lo está indudablemente, brillando en él todas las galas de la elocuencia, de manera que su lectura

es atractiva, no solamente por la materia sobre que versa, sino también por su ameno estilo y castizo lenguaje.—(*Revista Calasanzia.*)

LA HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO puede ser calificada con razón de *perla* de la literatura ascética moderna. Tiene el libro no más que doce capítulos, con una introducción y una conclusión; pero sus 640 páginas son una corriente caudalosa que arrebatada el espíritu por la transparencia de sus aguas; por el ritmo suave, acompasado y melodioso de sus ondulaciones, y por el vivo color que se refleja en ellas y las esmalta. No hablamos aquí solamente del estilo, que es incomparable, porque, exceptuando á Valera y á Menéndez, no hay ninguno que conozca como el P. Mir los secretos de la dulzura y de la sonoridad, de la grandilocuencia y de la riqueza de la lengua castellana; cuando alabamos esta obra, con ser el estilo una maravilla, intentamos principalmente hacer el elogio de su disposición y contextura. La obra del P. Mir supera á todas sus semejantes. Nada le falta ni nada le sobra. Mucho decir es esto, pues tales son las condiciones de toda obra perfecta. Por tal la tenemos, y así lo consignamos con satisfacción especial, desafiando al crítico más descontentadizo á que halle en esta obra, no ya defectos de monta, pero ni aun imperfecciones, que es difícil evitar. Conocimiento profundo de la materia, fidelidad perfecta en dejar siempre en relieve la narración evangélica, que para todo cristiano debe ser intangible, y alteza de miras y de pensamiento; tales son las cualidades que principalmente resaltan en esta obra. Y no es que el Sr. Mir se quede en las regiones abstractas de la consideración teológica, no; antes al contrario, difícilmente podrá hallarse un estudio más completo de las pasiones humanas puestas en juego en los principales personajes que intervienen en la Pasión de Jesús; y páginas hay, como las que dedica á Judas, á Caifás y á Pilato, que son un modelo de observación psicológica. Pero el valor principal de esta obra, á nuestra vista, consiste en que, sin fatigar la imaginación con cuadros rebuscados, da al lector una composición de lugar *externa é interna* tal, que parece uno asistir al espectáculo; así que pudiéramos decir que el libro es

un panorama que hace el asombroso efecto de la realidad por la buena disposición de los términos, por la colocación de las figuras, y sobre todo por los efectos de luz. Sí; la obra del P. Mir es á más no poder luminosa, hasta el punto de que, en comenzando á leer un capítulo, se siente como una especie de fascinación para pasar adelante, sin parar hasta el fin; tal es el movimiento y calor que campean en todas sus páginas. A quien le parezcan desmesurados estos elogios no le diremos sino que haga él mismo la prueba: *gustate et videte.*—(*La Veu de Catalunya.*)

En la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO, doctrina y estilo se completan, siendo pensamiento y dicción sabios, sobrios y graves, y corriendo la vena literaria por las descripciones de los hechos y por la pintura de los caracteres con tan difícil facilidad, que el embeleso de la narración contribuirá seguramente á los triunfos de la fe cristiana. Así, no tememos asegurar que en la grande empresa del renacimiento católico que todos anhelamos ocupará puesto de honor el libro del insigne hablista, que ha explicado las causas de la grandeza y perfección de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra literatura, y que ha descrito las maravillosas y fecundas armonías que unen las verdades de la Ciencia con las definiciones del Dogma, y que hoy nos presenta en la HISTORIA DE LA PASIÓN la más fecunda alianza de todos los esplendores de nuestra lengua con las ideas y con los hechos más consoladores de la fe cristiana. (*Revista Contemporánea.*)

Desde el punto de vista de la estructura artística toda la obra causa en el lector impresión parecida á la que produce la contemplación de una pirámide en la cual las líneas que la forman y las moléculas todas que componen su masa se dirigen y miran á la cúspide ó ápice que la termina y completa. No hay en la obra del P. Mir narración, ni descripción, ni frase, ni palabra que no vaya encaminada al pensamiento capital. Puede decirse que es un hermoso templo cuyas diversas partes, pórticos y galerías, cimientos y bóvedas, ventanas, rosetones, adornos, todo sirve como de magnífico pedestal á la cruz que abre sus brazos en la altura.

Porque conviene advertir que la asombrosa erudición del P. Mir no sólo no ha enturbiado en lo más mínimo su fe religiosa, sino que, por el contrario, la ha acrecentado de tal suerte, que algunas veces llega hasta el arrobo ó éxtasis místico, como en aquellos hermosos párrafos en los que, más como poeta que como historiador, deja que se desborden sus sentimientos al evocar la patética plegaria de Cristo en el huerto de Getsemaní, ó al considerar el abandono de la Madre de Jesús al pie del sagrado madero. Parece, cuando se lee este último apóstrofe, que escuchamos la elocuente y conmovedora palabra de Fr. Luis de Granada. Y no es sólo en estos lugares citados donde se descubren reminiscencias de largas lecturas de nuestros clásicos: todo el libro revela el conocimiento profundo que el autor tiene de nuestra lengua y el estudio asiduo que ha hecho de nuestros escritores del siglo xvi, en particular de los místicos y ascéticos. Evidénciase esta labor, sin duda de años, no sólo en la elección de las palabras y en la propiedad de su empleo, sino en la estructura y disposición de las cláusulas, y en ese aire especial, más fácil de ser sentido que de ser expresado, que tanto nos encanta en los prosistas del siglo de oro. En ese estilo inimitable, genuinamente español, dotado de una fuerza elíptica y de una elasticidad asombrosa, ha formado el suyo el P. Mir. Dudo que haya entre los prosistas contemporáneos más ilustres ninguno que le aventaje en casticismo al autor de la HISTORIA DE LA PASIÓN.

No sólo se gradúa el valor de un libro por su contenido y por la manera como están expresadas sus ideas. Parte muy principal de su mérito son los afectos que despierta en el lector, las ideas que evoca, las direcciones que imprime al pensamiento y á la voluntad. Todo esto, que es como el aroma de la obra literaria, tiene gran importancia en la historia escrita por el P. Mir. Como sus palabras son las de un creyente, nos hace creer; como su alma siente profunda emoción en presencia de los dolores y angustias de Cristo, cifra y compendio de los dolores y angustias de la humanidad, hácenos sentir inmensa emoción piadosa; como en su corazón no hay odios ni rencores, ni rencores ni odios despierta. Los mismos personajes malvados de la Pasión, más que horror nos

inspiran cierta especie de conmiseración piadosa, reflejo de aquella sublime compasión que desde lo alto del ignominioso madero mostró Dios hacia sus verdugos.

En resumen, la obra del P. Mir, tanto por lo que se refiere á su valor histórico como á la acendrada fe de su autor, como á la magistral manera con que en ella brillan las galas del habla castellana, como, finalmente, por los sentimientos que infunde, es uno de los libros de mayor importancia y de más sabrosa y sana lectura de cuantos se han publicado en estos últimos años.—(*La Epoca.*)

LA HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO es un libro que se lee á la vez con deleite y con provecho: todas las escenas de la pasión se ven en él pintadas con singular color y relieve.

Sus páginas movidas transportan el espíritu, haciéndole asistir á todos los terribles incidentes del juicio eternamente memorable, en que, para perpetrar la más execrable de todas las iniquidades, se hollaron con mayor atropello todas las formas y garantías de la justicia. El contraste entre la divina mansedumbre y santidad de la víctima y las bajas y brutales pasiones de los jueces y de los verdugos, contraste que entraba en las misericordias del plan divino, resulta en estas páginas con caracteres que dejan honda impresión y que prometen á la obra del P. Mir un gran fruto espiritual. Respecto al estilo y al lenguaje, de cuya excelencia no podía prescindir un libro como éste, por la alta gravedad de la materia y porque en ella se ejercieron los mayores estilistas que han manejado la pluma, el nombre del autor nos parece ya fianza suficiente de superior desempeño. El P. Mir es de los académicos que enseñan á escribir, no con las reglas, sino con el ejemplo, y sus libros pertenecen al género de aquellos que llaman los italianos *testo di lingua*.—(*Diario de Barcelona.*)

Científicamente considerada la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO, por el Sr. Mir, es un acabado estudio arqueológico de la Judea en el siglo I de nuestra era. No hay pormenor geográfico, histórico ó social que más ó menos esté relacionado con el drama

de la Pasión que no haya sido estudiado por el Sr. Mir en sus primeras y más autorizadas fuentes de conocimiento. Y como éstas son relativamente copiosas y los adelantos modernos facilitan el modo de interpretarlas con rectitud, puede afirmarse que la Judea del siglo I nos es perfectamente conocida en su topografía, historia, costumbres, ciencias y letras, sectas que dividían y enemistaban á sus hombres, pasiones que los movían y agitaban; la fisonomía moral y material, en suma, de aquel pueblo en que quiso Jesucristo aparecer, vivir y sufrir para redimir y salvar á la humanidad entera.

Pero el Sr. Mir no es sólo un arqueólogo especulativo ó puramente científico; es un artista de la palabra, y sus estudios son, por lo tanto, la base para escribir la historia al modo artístico como la escribieron Thierry y Macaulay, cuyas obras, más que relatos, son resurrecciones de las sociedades pasadas. Resurrección de la sociedad israelítica en el siglo I es la HISTORIA DE LA PASIÓN, por el P. Mir, el cual, como un mago con su varita de virtudes, evoca de las sombras de los tiempos antiguos los edificios, las ciudades y los hombres; y hombres, edificios y ciudades parece que vuelven á existir, y se ve á los unos y á las otras con claridad, y se oye hablar á los doctores, á los sacerdotes, á los sectarios y á las sencillas gentes del pueblo, y se desarrollan ante nuestros ojos en toda su magnificencia el templo de Jerusalén y el palacio de Herodes, y parece que anda uno por las estrechas, tortuosas y empinadas callejas de Sión y por sus pintorescos alrededores y cercanías. Para conocer todo esto y explicarlo basta la ciencia; pero para *vivirlo*, como decimos en el caló corriente, esto es, para sentirlo y hacerlo sentir, se requiere algo más que ciencia: se necesita arte, un arte supremo de historiador, del que pocos tienen el secreto, y en el que se revela en su HISTORIA DE LA PASIÓN el Sr. Mir maestro maravilloso.—(*El Movimiento Católico.*)

El P. Mir, para su HISTORIA DE LA PASIÓN, lo ha aprovechado todo, absolutamente todo lo que puede aprovecharse en el orden científico moderno. La base de su trabajo son los cuatro Evangelios estudiados y comprendidos á la luz suministrada por la ciencia

crítico-histórica, hoy en glorioso apogeo. Filón y Josefo, el conocimiento de la lengua, costumbres, aspiraciones, ideas y modo de ser de la sociedad israelítica en tiempos del Redentor y el de los romanos, dominadores de Judea en aquella época, han servido al P. Mir de auxiliares para su obra. Y merced á eso, en la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO revive aquel mundo hebreo en que quiso aparecer Jesús, y se manifiesta á nosotros, lectores del siglo XIX, con todo su color local, con sus doctrinas, sectas religiosas, usos públicos y privados, pasiones que los dominaban y preocupaciones que entenebrecían su inteligencia, y se ven sus monumentos y sus ciudades como si no hubiera pasado sobre ellos, hace tantos siglos, la cólera de Dios en forma de legiones romanas.—(*La Ilustración Católica.*)

En la narración histórica, basada en el estudio profundo y la hábil combinación de los textos evangélicos, y en el conocimiento de cuanto se ha escrito antigua y modernamente sobre la Pasión del Señor, no se sabe qué admirar más, si la copiosísima erudición de que el Sr. Mir da brillante muestra en cada página, ó el arte maravilloso de la exposición, que cautiva y conmueve juntamente al lector. Pocos escritores han acertado á expresar con tal viveza de colorido el sentimiento de la naturaleza y la maravillosa armonía entre los fenómenos del mundo físico y los del mundo moral. Recórrase, si no, la animada y poética descripción de la entrada de Jesucristo en Jerusalén el Domingo de Ramos y la triste y sombría de los lugares donde fué sepultado el cuerpo del Señor, cuadros llenos de verdad y de vida, en que campean la profundidad del pensador y la magia del artista. Entre las mayores excelencias de la obra se cuenta la maestría del autor en desentrañar, á veces de una sola palabra, de una sola frase ó de un solo rasgo del texto evangélico, el carácter de los personajes, desarrollándolo después con fidelidad y lógica admirable en el curso de la exposición histórica. Un crítico eminente ha podido decir con razón, á este propósito, que en la pintura de caracteres y de los afectos el Sr. Mir raya á la altura de los dramáticos más ilustres.—(*La Unión Católica.*)

Al ver la copia de datos y citas de esta obra nótase desde luego que D. Miguel Mir ha leído mucho y que está al corriente de los conocimientos relativos al asunto. El libro, pues, del sabio escritor es notabilísimo por todos conceptos. A este propósito recordaremos que el docto académico D. Marcelino Menéndez Pelayo, en el acto de apadrinar á D. Miguel Mir en su ingreso en la Real Academia en 9 de Mayo de 1886, se expresaba en estos términos: «Entre los muchos autores de raza y del dialecto catalán que han escrito en castellano, no recuerdo uno solo que pueda compararse con el P. Mir, ni en la abundancia ni en la fluidez, ni en el número, ni en la libertad y señorío con que dispone del habla ajena como de cosa propia y nativa.» Y al terminar su oración añadía que «de él pudiera decirse, parodiando una expresión de Lope de Vega relativa á los Argensolas, que vino de Mallorca á reformar en nuestros prosistas la lengua castellana». Y si esto dijo D. Marcelino Menéndez de D. Miguel Mir refiriéndose á la *Harmonía entre la ciencia y la fe*, con infinita más razón debe decirse de la nueva obra la HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO, que vence y deja muy atrás á la primera en erudición, riqueza de lenguaje y hermosura y elocuencia de estilo.—(*La Vanguardia.*)

OTRAS OBRAS DEL SR. D. MIGUEL MIR

Harmonía entre la ciencia y la fe, 6 pesetas.

Bartolomé Leonardo de Argensola, 2 pesetas.

Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América, 1,50 pesetas.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

Estudios históricos y literarios.



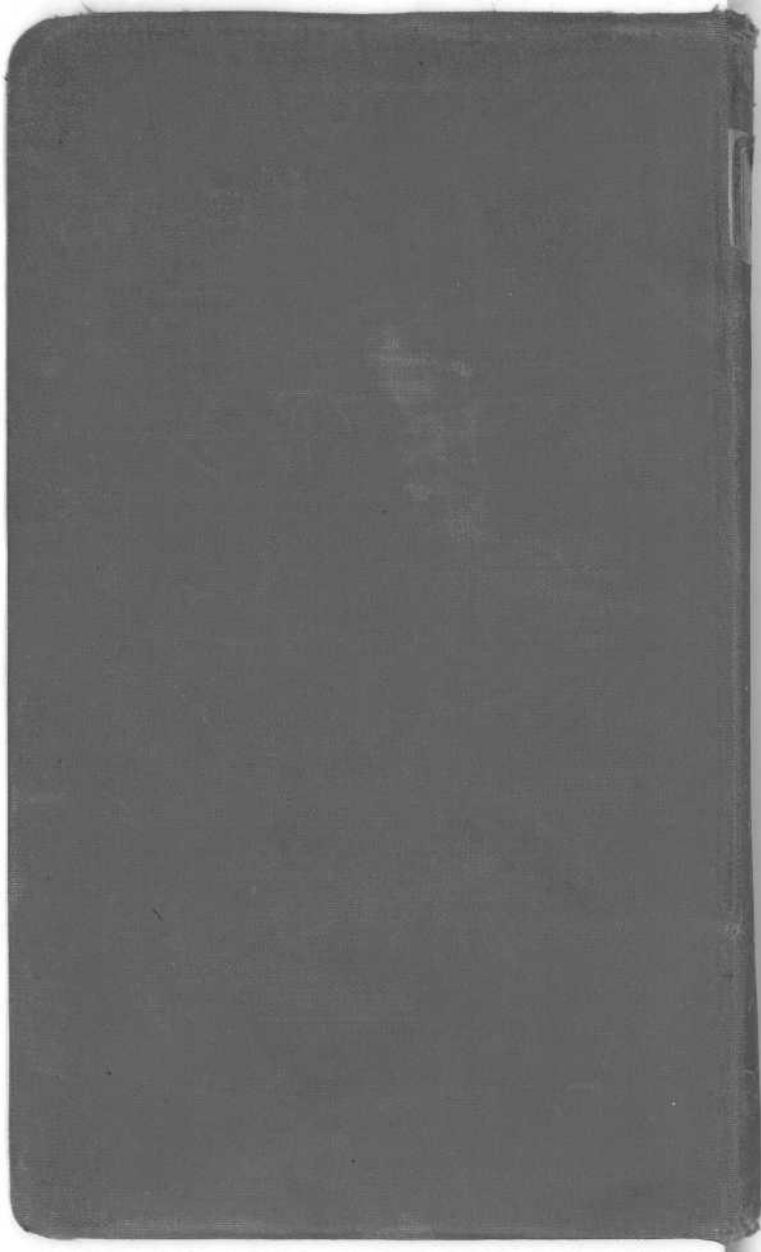
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	8	Precio de la obra.....	Plas.
Estante.....	8	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	1	Valoración actual.....	»



1072